



EL HIJO DE LA NIEBLA

silver kane

SILVER KANE

**EL HIJO
DE LA NIEBLA**

**1.ª EDICIÓN
JUNIO-1963**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B 9342 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE - 1963

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963**

N. R. 2086/63

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

794. — Lord Diablo. 799. — Equipo negro. 807. —
¡Matad a Logan!

En Colección SERVICIO SECRETO:

606. — Un regalo para el muerto. 610. — Ataúd
«B-4».

En Colección BUFALO:

420. — La dama negra.

En Colección SALVAJE TEXAS:

329. — La casa de los 7 ahorcados. 335. — Una
mujer de *saloon*.

En Colección CALIFORNIA:

306. — Fantasmas en la llanura. 315. — Miss
Muerte.

En Colección COLORADO:

194. — La gata roja. 208. — Su último desafío.

En Colección KANSAS:

210. — Tres diablos y medio. 232. — Estrella
Negra.

En Colección ASES DEL OESTE:

194. — Siete horcas. 207. — Una tumba para
cuatro. 210. — Un diablo llamado Milton.

En Colección BRAVO OESTE:

47. — Las huellas del diablo. 67. — El paso de
Satán.

En Colección PUNTO ROJO:

38. — Detrás de la niebla. 46. — Cuatro puertas
rojas. 48. — La escalera de caracol.

El HIJO de la NIEBLA

por
SILVER KANE



UNO

Todo empezó para Glenn Maxwell en una tarde gris, oscura, infinitamente triste, una de esas tardes en que se ve la lluvia resbalar por los cristales de las ventanas y uno piensa en la muerte sin saber exactamente por qué.

Y aquella tarde la muerte se cruzó en el camino de Glenn Maxwell.

Durante horas y horas había estado mirando la lluvia a través de la ventana de su despacho, y durante horas y horas había estado pensando si al fin se decidiría a hacer aquello.

Dar de alta a una loca no completamente curada del todo para casarse con ella...

Glenn Maxwell tenía su despacho de médico jefe es el ala oeste del gran Centro Siquiátrico del Estado, de cara a las innumerables ventanas enrejadas tras las que vivían los locos. Tenía una puerta de seguridad en su despacho, dos ventanas inaccesibles, un timbre de alarma rojo sobre su mesa y un revólver en el cajón central. Tenía también treinta y cinco años y una mirada bondadosa en sus quietos ojos grises.

Llevaba ya dos años como médico jefe en aquel gran sanatorio mental. Dos años tratando a Elsa día a día, hora tras hora, hasta enamorarse de ella como un loco, hasta llevarla metida en la sangre, en lo más hondo de las venas...

Las duchas.

Glenn siempre recordaría el agua helada de las duchas cayendo a chorro sobre la piel de la mujer, la primera vez que la vio. Desde entonces el simple sonido de la lluvia le ponía nervioso y le hacía apretar los puños. Bajo una de aquellas duchas vio a Elsa por primera vez...

Ella estaba completamente desnuda. Era fácil apreciar, por la línea de sus caderas, de su vientre y de su estrecho pubis, que no habría cumplido aún los veinte años. Dos robustas celadoras de bata blanca la habían empujado bajo el chorro de las duchas y ella temblaba sin un gemido, sin una queja, con los ojos cerrados y la piel erizada, amoratada ya casi...

Era la primera inspección de Glenn Maxwell a los servicios del manicomio. Con voz lejana e impersonal ordenó:

—Cierren las duchas.

—Pero, señor, no ha terminado aún el tiempo obligatorio...

—¡He dicho que cierren!

El chorro de agua helada fue cortado. Elsa se apoyó en las paredes de mosaico, jadeando, para no caer. Desde allí sus ojos extraviados miraron al desconocido.

No pareció sentir ninguna vergüenza al verse completamente desnuda ante los ojos de un hombre joven. Desde que ingresó en el manicomio había pasado por tantas pruebas vergonzosas que no importaba una más. Solo se cubrió los senos con las manos y quedó quieta, expectante, como aguardando a saber qué es lo que harían ahora con ella.

La celadora se acercó dos pasos.

—¡Tú, fuera!

—¿Cómo se llama esta enferma? —preguntó Glenn Maxwell con la misma voz impersonal y lejana.

—Elsa Sullivan.

—¿Qué padece?

—Paranoia, doctor. Es una maniática.

—¿Por qué la duchaban?

—Esta mañana ha agredido a una compañera en un rapto de furia. Luego se ha insolentado con nosotras. Está intranquila y hay que calmarla, doctor. Resulta peligrosa.

Glenn sé pasó las manos por la bata blanca.

—Denle una manta.

La celadora que había hablado se la dio. Elsa Sullivan se cubrió con ella, temblando de frío, y miró al doctor como si fuera una especie de ser increíble, un hombre que no existiera.

—Gracias, doctor... —susurró—. Gracias...

Glenn tuvo que cerrar los ojos un momento.

★ ★ ★

Esa fue la primera vez.

Luego Glenn Maxwell visitó a todos los enfermos reclusos, uno por uno, para hacerse idea de sus casos. Dejó a Elsa para la última. Nunca olvidaría la tarde en que ella, vestida con una bata de sarga gris, entró en su despacho.

Llovía como ahora. Las calles de San Luis (Missouri) parecían convertidas en torrentes. El Mississippi había crecido mucho, y se hablaba de que el manicomio podía quedar aislado por las aguas.

Elsa entró en el despacho, obedeció la seña de él para que se sentase, y cruzó las piernas.

Bruscamente todo pareció cambiar; pareció como si un efluvio mágico flotase en el aire.

Elsa Sullivan llevaba bastas medias de algodón negro, y sin embargo, aun con ellas tenía un no sé qué de coquetería que impresionó a Glenn. Pese a la bata de sarga, sus líneas se marcaban poderosas y rotundas en cada uno de esos sitios que los hombres sabemos. Glenn, que la había visto desnuda, tuvo que reconocer que la muchacha además tenía elegancia, tenía estilo. En otro ambiente y con otras ropas, habría parecido una reina.

—He visto su ficha —dijo, procurando no mirarla—. Ingresó usted aquí en virtud de un proceso de paranoia. Aparte de sufrir alucinaciones y pesadillas, robaba a todo el mundo. ¿Por qué?

—Mi complejo es conocido con el nombre de «Complejo Dick Turpin» —dijo ella calmamente.

—¿Qué quiere decir?

—Usted debe saberlo. Lo sufren los que sienten la tentación irresistible de robar para luego dar a los pobres todo lo que roban.

—Claro que lo sabía, pero no podía sospechar que usted conociera también esas cosas.

—Una se acostumbra a ver y a oír. Basta con estar atenta y tener los ojos abiertos.

—¿Por qué la castigaron aquel día? Supongo que no lo habrá olvidado. El día en que yo giré mi primera visita a las varias secciones del establecimiento.

—Agredí a una compañera que había robado un pedazo de tarta a una niña.

—¿Y usted, que tantas veces ha robado, agredió a una compañera porque ella robó?

—Yo robo para dar cosas a los niños, y ella se le había quitado.

Durante los meses sucesivos, Glenn pudo ver que eso era verdad. Elsa Sullivan tenía un record impresionante de robos registrado en todas las Comisarías de Precintos, pero también tenía un record impresionante de limosnas entregadas a los asilos. Muchos días no había comido por entregar su ración a los demás. Clínicamente era una loca, no cabía dudarlo, porque continuaban sus manías y sus pesadillas, pero era la loca

más sublime que Glenn Maxwell había conocido jamás.

Y dos años son mucho tiempo.

Glenn se acostumbró a verla cada día, a conocerla, a tratarla... y se enamoró de ella. Fue entonces cuando pasó por su cerebro la idea de declararla curada. En realidad era inofensiva y no haría daño a nadie. Casados los dos, él podría asistirle como si continuase en el preventorio. Y en el ambiente de un hogar, tal vez con unos hijos, sanaría por completo.

Llovía, llovía interminablemente.

Esta era la tarde en que Glenn debía comunicar a Elsa su plan. «En la inmediata reunión del Centro Médico te declararé curada. Irás a casa de mi madre, en la ciudad de Omaha. Dentro de dos meses nos casaremos y viviremos en San Luis. Todo habrá cambiado para nosotros, muchacha...»

Al pensar esto, Glenn sentía una gran dulzura y una inmensa paz interior.

Le parecía como si viviendo junto a Elsa Sullivan todo hubiera de ser distinto, como si el mal tuviera que huir para siempre de su vida. Le pareció como si con aquel gesto ganara el derecho a la tranquila felicidad que siempre había soñado.

Salió de su despacho.

La lluvia resbalaba desde las grises cornisas del edificio, envolviéndolo todo. Las ventanas estaban cerradas. Del pabellón de los locos peligrosos surgían espantosos alaridos.

Glenn apretó los labios.

¿Qué les pasaba esta tarde? ¿Por qué estaban tan excitados? ¿Era, tal vez, la lluvia?

El médico aceleró el paso.

Elsa Sullivan estaba sola en una casita cerca de la puerta. Era el lugar con mejor vista y más tranquilo de todo el manicomio, pero esta tarde se dio cuenta Glenn de que estaba situada demasiado cerca del pabellón de los locos peligrosos. Fue al oírlos gritar tan salvajemente cuando se dio cuenta de eso.

Si algún loco peligroso se escapaba, tendría que pasar, para huir, por la casita de Elsa.

Sin darse cuenta, Glenn Maxwell aceleró instintivamente el paso. La lluvia caía sobre sus cabellos y su bata blanca en ráfagas cada vez más intensa, pero él no lo advertía. Con los puños apretados llegó hasta la puerta de la casita.

Entró.

Y entonces sus facciones se contrajeron en una mueca, mientras lanzaba un grito de agonía.

★ ★ ★

Percy estaba allí.

Percy era el peor de los locos que tenían en el Preventorio de San Luis, donde debería permanecer durante toda su vida después de cometer cuatro asesinatos. Procuraba usar siempre ropas negras, y cuando podía robaba prendas de ese color para cambiarlas por su uniforme. Tenía los ojos horriblemente dilatados, la mandíbula caída, los dientes enormes, y su cuerpo era desgarbado y largo. Los cuatro asesinatos, años atrás, los había cometido con un cuchillo.

Ahora llevaba otro en la mano derecha.

Era un cuchillo enorme, robado seguramente en las cocinas tiempo atrás, y que él debía haber afilado a escondidas durante largas horas. La hoja estaba impregnada en sangre.

El grito de agonía de Glenn Maxwell se repitió.

Acababa de ver a Elsa tendida en el suelo de la pequeña habitación, con las manos agarrotadas a la altura de la garganta, de donde brotaba un surtidor de sangre. Percy la había degollado de un solo taja, y la estaba riendo morir cuando el doctor Maxwell entró.

De las fauces del loco también brotó un alarido.

Saltando por encima de la mujer corrió hacia el hombre de la bata blanca que le cerraba el paso a la libertad. La máscara horrible de su rostro pareció agigantarse mientras avanzaba. El cuchillo tinto en sangre rebrilló siniestramente sobre la cabeza de Glenn.

Este, que había servido en los comandos del ejército, ensayó uno de sus golpes favoritos.

Inclinación e impacto al bajo vientre con el canto de la mano. Dando aquel golpe bien, se podía reventar a un hombre. Y Glenn Maxwell, ciego de rabia, lo dio bien esta vez.

Pero no mató al loco. No lo detuvo siquiera.

Los ojos de Percy se dilataron un poco más, mientras lanzaba un segundo aullido. Levantó el cuchillo dos veces y lo dejó caer salvajemente sobre el cuerpo del médico indefenso.

Glenn ni siquiera sintió dolor, porque ya había sentido todo el dolor del mundo al ver el cuerpo sin vida de Elsa Sullivan.

Cayó a tierra pesadamente.

DOS

Todo empezó para Norman Seik en una de esas noches de lluvia en que el horizonte se ve espantosamente rojo, en que la niebla envuelve los faroles y uno piensa sin saber por qué en sombras que se despegan de las fachadas y en gritos que llegan desde el otro lado de la oscuridad.

Norman Seik miró por la ventana y vio las aguas del Mississippi, revueltas y turbias, al otro lado de las pequeñas casitas que bordean el río. Vio las chimeneas humeantes aún y la densa niebla que lo iba envolviendo todo. La lluvia, que caía en forma de pequeñísimas gotas, se condensaba al otro lado del cristal. Toda la ciudad de San Luis, que no tiene nada de misteriosa, parecía esta noche como el más siniestro Londres de las novelas.

Norman volvió la cabeza y miró entonces hacia el lecho, hacia su lecho de soltero.

En él descansaban una mujer y un niño.

Los dos dormían plácidamente, con esa pesadez que da el cansancio cuando ha llegado ya hasta las entrañas de uno mismo. La mujer estaba a la derecha y sus cabellos negros se le habían pegado a la frente a causa de la lluvia. El niño, de unos tres años, dormía abrazado a ella, acariciándole los cabellos de vez en cuando como para asegurarse de que no estaba solo.

Norman sonrió.

Tenía una sonrisa dulce, suave, bondadosa, en un rostro que antaño endurecieron los golpes, cuando Norman Seik participaba en los campeonatos para aficionados de Missouri, antes de pasar al campo profesional.

Era alto, aunque sin exageración, tenía los cabellos rubios y algo ondulados y sus ojos eran negros. Resultaba atractivo y hasta guapo. Lo más desagradable en él eran las manos, unas manos demasiado grandes — de pianista o de estrangulador—, y que causaban a primera vista una sensación extraña.

Las líneas de la mujer se marcaban bajo la manta. Tenía unos veintitrés años y era muy bonita, con una belleza meridional, latina, que parecía ir a estallar con cada gesto. Las caderas redondas, potentes, formaban una curva de ánfora en el lecho, y el seno bien conservado subía y bajaba a cada compás de la respiración.

Parecía increíble que Jessica tuviera ya aquel hijo de tres años. Parecía increíble que alguien hubiera tenido la falta de entrañas suficiente para violarla cuando apenas era una muchacha.

Pero ahora ella y su hijo estaban aquí.

Estaban aquí tranquilos, seguros, en una casa donde nada malo les ocurriría nunca.

Norman se encaminó hacia el aparato de televisión, que estaba en el dormitorio, sobre una mesita transportable, y cuyo sonido había puesto al mínimo para que no molestase a Jessica y a su hijo.

Fue a pulsar el botón que desconectaba, pero aún pudo oír la voz del locutor que leía el último boletín de noticias:

«Nos comunican del Preventorio Siquiátrico que un loco peligroso ha logrado huir después de matar a una enferma y herir gravemente al médico que se disponía a asistirla. Las primeras noticias han sido confusas e incluso en un adelanto de nuestro boletín hemos llegado a informar a los televidentes que el médico había fallecido, noticia que gustosamente rectificamos. El doctor Glenn Maxwell ha logrado superar la delicadísima operación quirúrgica a que ha sido sometido, y caben fundadas esperanzas de salvación, aunque su estado sigue siendo muy grave. En cuanto a la enferma, Elsa Sullivan, fue completamente degollada por el loco fugitivo, en circunstancias que omitimos relatar a nuestros televidentes por considerarlas excesivamente macabras y no adecuadas a nuestros programas».

Norman tenía ya el índice sobre el botón, pero aguardó unos instantes. El locutor continuaba:

«El loco asesino es un antiguo conocido de nuestros tribunales de justicia. Se trata de Percy Rawson, quien cometió cuatro asesinatos con arma blanca hace años y, declarado irresponsable, fue encerrado en un manicomio hasta el término de sus días. Desgraciadamente ahora se encuentra en libertad y va armado. La policía nos ruega demos la voz de alarma a todos los televidentes para que, en esta noche en que la niebla envuelve la ciudad, cierres puertas, ventanas...»

Norman pulsó el botón.

La imagen del televisor se encerró en un pequeño cuadrado que fue haciéndose cada vez más pequeño hasta desaparecer por completo. La voz duró aún algunas fracciones de segundo, como deseando prolongar la última advertencia. Norman lo entendió:

«Puertas y ventanas...»

Encogiéndose de hombros, fue hacia el diván donde pensaba pasar la noche, en la misma habitación que la mujer y el niño. Tenía otro departamento donde estaba su pequeña biblioteca, pero la ventana no cerraba bien, daba al norte y en noches como aquella hacía un frío de mil demonios. De modo que le sería mejor dormir allí.

Echándose vestido sobre el diván, se cubrió con una manta y poco después cerraba los ojos.

Oía la lluvia, más fuerte ahora, repiquetear sobre los cristales. Algunos rumores muy apagados llegaban desde la calle: Frenos de camiones, ruidos

de puertas al cerrarse, alguna voz...

Los faros de algún automóvil, que había cambiado a las luces largas, dieron en los cristales de la ventana baja. Norman, a través de los párpados cerrados, vio cómo un relampagueo de luz Alzó la cabeza, pensando en el niño.

El niño estaba en un ambiente extraño, y si se despertaba podía ponerse a llorar.

Pero no. El pequeño dormía plácidamente. Podía ver sus cabellos rubios —el niño era rubio, en contraste con su madre morena— brillando como un color cálido a la débil luz que llegaba de la ventana. Nunca en su vida de soltero había visto Norman una imagen como aquella, que reflejara tanta paz.

Volvió a bajar la cabeza, conteniendo una sonrisa.

Puso las manos sobre sus rodillas, por debajo de la manta.

¿Sus manos?

¿Eran sus manos aquellas cosas tan grandes, tan compactas, donde sentía tanta fuerza? ¿Eran sus manos aquellos dos pesos que estaban sobre sus rodillas, aprisionándolas?

Norman apretó los labios.

Fue a levantar la manta, y en ese momento otro coche cambió de luces. El relámpago pasó por la ventana y resbaló por la pared frontera, hasta la puerta que daba a la biblioteca. Fue allí donde le vio.

Estaba quieto, vestido de negro, riendo suavemente con un enorme cuchillo en la mano derecha.

Estaba allí, mirándole, mientras su barbilla caída parecía oscilar con la luz de los faros.

Era una visión que hubiese enloquecido de horror a cualquiera, pero Norman únicamente sintió una satisfacción inexplicable, una alegría satánica, mientras sus enormes manos se movían debajo de la manta.

Se puso en pie suavemente, como un gato.

TRES

El aparecido no se movió.

Solo su mandíbula osciló levemente, como a impulsos de una reprimida carcajada, mientras veía a Norman Seik desprenderse poco a poco de la manta. Sus ojos brillaron.

Norman avanzó dos pasos.

La luz roja debía haber sido sustituida por la verde en la calle vecina, y ahora los coches pasaban uno tras otro, en compacta hilera. Todos cambiaban a las luces largas para hacer la señal, porque allí había una cuesta empinada y una curva. Los impactos de los faros resbalaban sobre la ventana y luego sobre la pared, iluminando primero la mujer y el niño dormidos y después el rostro y las manos de Norman Seik.

El aparecido lanzó una especie de gruñido sordo, parecido a un estertor.

Sus ojos se dilataron horriblemente, hasta adquirir casi un tamaño doble del normal. La mano que empuñaba el cuchillo tembló, haciendo rebrillar la enorme hoja.

Horas antes, en la casita de Elsa, era Percy quien había avanzado hacia su víctima. Había sido Percy también quien saltó sobre el doctor Glenn, asestándole dos cuchilladas. Sin embargo, ahora Percy retrocedía. Retrocedía poco a poco ante el hombre a quién había pensado matar.

Norman avanzó.

De su garganta partían unos gruñidos sordos, guturales, mientras sus manos se abrían y cerrabas espasmódicamente. Sus ojos brillaban cada vez con un fulgor más satánico.

Ni la mujer ni el niño se despertaron, por suerte para ellos. Los faros de los coches iluminaban espectralmente ahora una figura, luego otra.

Percy, al retroceder dos pasos más, se encontró en la biblioteca.

Quiso cerrar la puerta, pero esta no encajaba bien, porque la casa era vieja. Norman, sin ningún esfuerzo aparente, la abrió en un par de segundos y con increíble facilidad. Percy, atónito, pero conservando aún el cuchillo, retrocedió hasta la pared del fondo.

Los ojos de Norman brillaban, brillaban extrañamente...

Y sin embargo, daba la sensación de que no veía.

Tropezó dos veces con las jambas de la puerta antes de poder entrar en la biblioteca. Percy había retrocedido y estaba apoyado en una de las grandes estanterías repletas de libros, con la mano izquierda agarrotada junto al corazón, jadeando...

Norman avanzó un poco más.

Cosa extraña, de pronto retrocedió riendo suavemente. Pero no fue para

salir de allí, sino para cerrar la puerta por dentro y dejar la biblioteca aislada del resto del apartamento.

El conocía bien aquella puerta y sabía cómo cerrarla.

Percy se hallaba quieto, muy quieto, mirándole fijamente. Gruesas gotas de sudor resbalaban por sus facciones. Parecía increíble que fuese un asesino satánico.

Sus ojos seguían teniendo un tamaño doble del normal. Estaban dilatados horriblemente.

Y de pronto una luz pareció hacerse en su cerebro de loco. De pronto comprendió que... ¡tenía que matar!

Alzando el cuchillo, saltó.

Norman, clavado en el centro de la habitación, movió sus manos sin dejar de reír suavemente.

★ ★ ★

Fue el niño el primero en oír aquel extraño ruido.

Era como una carcajada. Pero no una carcajada humana, sino algo que parecía surgir del fondo de una máquina. Parecía como si mil sonidos, como si mil engranajes se movieran a la vez, chirriando, produciendo algo que podía parecerse a una carcajada satánica.

El pequeño levantó la cabeza, sintiendo que tenía la boca seca y que unas gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente.

—Mamá...

La mujer levantó la cabeza también. Al pronto pareció no reconocer el sitio donde estaba, aquella extraña habitación donde la ventana rebrillaba al impacto de las luces de los coches. Luego, los recuerdos llegaron hasta ella como retazos sueltos de niebla.

Norman... El apartamento de este, donde se habían refugiado... Su pequeño hijo Nick...

Sin darse cuenta de lo que sucedía, se encontró sentada sobre el lecho, respirando fatigosamente.

¿Qué sucedía? ¿Qué eran aquella especie de carcajadas lejanas y aquellos estertores parecidos a los de una bestia?

Sintió que se le secaba la boca.

Poco a poco se dio cuenta de que los sonidos procedían de la contigua biblioteca, y se dio cuenta también de que la puerta de esta se hallaba cerrada.

Se puso en pie, sintiendo las manos del hijo pegadas a su espalda.

—Mamá...

Jessica retiró suavemente aquellas manos, mientras decía con un soplo de voz:

—Estate quieto, Nick. Por lo que más quieras, no te muevas ni hagas ningún ruido...

Detrás de la puerta cerrada se oyeron varios golpes sordos. Luego un ronco estertor.

Jessica se pegó a la hoja de madera y la palpó, Estando que estaba cerrada por dentro.

—Norman... Norman...

Al otro lado de la puerta se oyó un rugido largo, ululante, parecido al de una bestia.

Jessica sintió que una especie de corriente de agua fría subía por su columna vertebral, hasta llegar a la nuca.

—Norman... ¿Qué sucede? Norman...

Se oyó un nuevo golpe y luego una especie de ronquido.

—Norman... Abre...

El niño se puso a gemir. En la luna del humilde armario, Jessica se vio a sí misma a la luz de los faros, semidesnuda, pegada a la puerta tras la que volvía a oírse aquella especie de carcajada satánica.

—Abre, Norman... ¡Abre!

Ni por un momento se le ocurrió pensar a Jessica en el horror que encontraría dentro, ni en el imperio mortal que empezaba más allá de aquella hoja de madera.

Ansiosamente, sujetó unas pequeñas tijeras que había sobre la mesilla, y manipuló con la punta de uno de los brazos en la cerradura. Notó que esta cedía un poco, pese a tener la llave puesta en el otro lado. Empujó con todas sus fuerzas.

La puerta se abrió bruscamente, dejando ver toda la extensión de la pequeña biblioteca.

Y Jessica, llevándose las manos a la boca, lanzó un alarido de horror.

CUATRO

—Dígame: ¿Qué vio? ¿Qué es lo que había detrás de aquella puerta?

Jessica, sentada en la silla, se alisó mecánicamente la falda. Iba vestida sumariamente, porque había sido arrancada casi a la fuerza del apartamento, y tenía un roto en la media, sobre la rodilla izquierda. Sin embargo, se dio cuenta de que las miradas de los hombres iban hacia aquel roto, y hacia la redonda y prieta rodilla, como si aquel detalle les obsesionase.

—¿Es... preciso que conteste?

—¡Hágalo!

La ventana del Precinto recortaba un paisaje de casas bajas, con el río al fondo. Ahora el Mississippi era como una gran cinta de oro. Había dejado de llover y estaba amaneciendo.

Jessica cerró los ojos.

—¡Dios mío, era horrible...!

—Ya lo sabemos —musitó el teniente Hodgson—. Sabemos que era horrible. ¡Pero hable!

—El hombre aquel estaba tendido en el suelo. Iba vestido de negro y llevaba aún un cuchillo en la mano derecha, entre sus dedos agarrotados. Jamás he visto... unos dedos igual que aquellos. ¿Cómo ha dicho que se llamaba aquel hombre?

—No era un hombre, sino una especie de monstruo. Se llamaba Percy.

—Pues bien, Percy... estaba caído en el suelo. Inmediatamente se adivinaba que había muerto. Tenía la lengua medio fuera, como dicen que la tienen los ahorcados. Su cuello aparecía amoratado, y seguramente estaba roto. Acababan de estrangularle, desnucándolo a la vez.

El teniente Hodgson encendió un cigarrillo con movimientos nerviosos.

—Fue usted quien avisó a la policía, ¿no?

—Sí, yo misma.

—¿Qué hacía Norman Seik mientras usted miraba desde la puerta? ¿Dónde estaba él?

—Aquello es una biblioteca, como ustedes saben... Tiene unas estanterías, una mesa de trabajo, unos libros... Norman Seik estaba allí. Sus ojos parecían no mirar a ninguna parte. Eso es lo que más recuerdo de él. Sus ojos, que parecían no verme...

—¿Y sus manos?

—¿Por qué preguntan lo de sus manos? ¿Qué tiene eso que ver?

El cigarrillo del teniente temblaba en sus labios.

—Queremos saber cómo eran.

—¿Por qué?

—Venga.

Sin acertar aún a comprender lo que sucedía, Jessica fue levantada de la silla y acompañada hasta la puerta. Había allí un coche patrulla largo, gris, parecido a un portaaviones de la Navy. Las calles estaban mojadas, aunque ahora el cielo era límpido sobre San Luis.

—¿A dónde me llevan?

—Un momento; ya lo verá.

La Morgue estaba situada cerca del río, en un callejón adonde llegaba la humedad y un cierto indefinible olor a hierba fresca. Penetraron por una puertecilla trasera tal vez para evitar a Jessica atravesar algunas antesalas. Desde allí se llegaba directamente al depósito de cadáveres, donde había unas pocas mesas ocupadas casi siempre por pobres cuerpos irreconocibles a los que arrastraba el río.

Pero ahora solo una mesa tenía «huésped».

Percy estaba en ella, alto y ancho como había sido, con las manos agarrotadas a la altura del pecho y la lengua sobresaliendo aún por entre sus dientes. La cabeza parecía colgar a un lado de una forma extraña, y no hacía falta ser un genio para comprender que le había roto el cuello alguien poseedor de una fuerza hercúlea. Los ojos dilatados del muerto parecían escrutar a todos los que atravesaban la puerta de la Morgue.

Jessica susurró:

—¡Dios mío...!

Tuvieron que empujarla. El teniente Hodgson descubrió del todo el cadáver de Percy, al que cubría a medias una sábana.

—Lo siento, pero lo que vamos a hacer es necesario. Se trata de la identificación. Usted debe decirnos si este es el hombre a quién vio en la biblioteca de Norman.

Jessica intentó mirarlo.

—Sí...

—¿Sin duda alguna?

—Sin duda alguna.

—Ahora haga el favor de fijarse en el cuello. ¿Qué ve?

Unas manchas amoratadas.

—¿Diría que han sido causadas por la fuerte presión de las manos de un hombre?

—No sé...

—Sargento...

El llamado, una especie de gigante con cabello color paja y aspecto de emigrante irlandés, puso las manos sin ninguna repugnancia sobre el cuello del cadáver. Se vio que las manchas moradas coincidían más o menos con aquellas manos, pero estas eran bastante más pequeñas que las manchas.

El teniente Hodgson miró a Jessica como si ella tuviese alguna culpa de que las cosas fueran así.

—¿Sabe qué manos tiene el sargento, señora?

A Jessica le produjo un efecto extraño oírse llamar señora, puesto que no se había casado nunca.

—Son... muy grandes.

—Las más grandes que hay en la policía de San Luis. El sargento es un verdadero gigante, un ser excepcional en el sentido físico. ¿Imagina de qué tamaño habían de ser las manos del ser que desnucó a Percy? Valga la expresión, pero tuvo que retorcerle el cuello como a un pato.

—¿Por qué... me pregunta eso?

Jessica sentía que en su garganta algo subía y bajaba como una columna de mercurio. Balbució:

—Por Dios, Sáquenme de aquí.

—Está bien. Venga.

Cerca de la Morgue había un bar frecuentado por algunos estudiantes y por empleados del depósito, a los que el dueño exigía lavarse las manos antes de tomar una copa. Jessica fue introducida en el automóvil, y un policía le trajo del bar un vaso de brandy lleno hasta los bordes.

—Tome, beba. Se sentirá mejor.

Jessica bebió ansiosamente, pero no se sintió mejor, sino todo lo contrario. Tuvo que cerrar los ojos. El teniente Hodgson se sentó a su lado, oprimiéndole una de las manos, pero en realidad lo que el tío miraba era la rodilla enfundada en nylon, y lo que había más arriba de la rodilla.

—Antes me ha dicho usted que por qué le preguntaba eso —musitó el teniente—. Pues bien, se lo pregunto porque usted fue la única persona que vio a Norman Seik y a su víctima en la habitación, cuando Norman acababa de cometer el homicidio. No se asuste, no perjudicará en nada a Seik lo que usted diga. En realidad la muerte de Percy no tiene ninguna importancia. Está tan claro que es un caso de defensa propia por parte de Norman Seik que ni siquiera lo procesarán.

Hizo una pequeña pausa, observando cómo ella echaba hacia atrás la cabeza sobre el respaldo, y añadió:

—Usted fue la única persona que los vio juntos. ¿Cómo tenía Norman Seik las manos? Dígame... ¿cómo?

—No entiendo su pregunta.

—Quiero decir si hubo *precisamente en ese momento* algo de las manos de Norman Seik que le llamara la atención. Por ejemplo, si eran más grandes de lo acostumbrado.

—¿Por qué habían de serlo?

—No sé... Es una suposición que se me ocurre. Usted contésteme la verdad.

—No me fijé especialmente en sus manos.

—¿En qué se fijó, pues?

—Ya se lo he dicho: En sus ojos. Norman parecía no reconocirme, parecía no mirar a ninguna parís. Como si no me viera...

—¿Y Percy?

—No me obligue a recordarlo. Era... Era horrible.

—Dígame qué sucedió después.

—Norman estuvo largo rato quieto, con las manos en los bolsillos —de pronto Jessica entrechocó los dientes—. ¡Eso es! ¡Ahora recuerdo por qué no me fijé en sus manos! *¡Las tenía metidas en los bolsillos!* De pronto Norman pareció volver en sí... Yo estaba abrazada a mí hijo, llorando, y él llegó hasta la puerta. Nos miró largamente a los dos, como si llegara de otro mundo. Luego nos dijo... *que no nos acercáramos a él*. No lo entendí al principio.

—¿Fue entonces cuando llamó a la policía?

—Sí.

—¿Él no se Opuso?

—De ningún modo. No pronunció una sola palabra mientras yo descolgaba el teléfono y llamaba al Precinto.

El teniente Hodgson tendió el vaso vacío a uno de los patrulleros. Este lo devolvió al bar y regresó poco después.

—A paseo —gruñó el teniente.

El coche arrancó a poca velocidad, no yendo directamente al Precinto, sino dando vueltas junto al río. Había amanecido del todo ya, y algunos empleados puntuales empezaban a transitar por las calles. A lo lejos, desde los muelles, llegó el ulular de una sirena.

Hodgson observó que la muchacha se iba tranquilizando progresivamente. Cuando la vio mirar por la ventanilla casi con apariencia normal, preguntó:

—Perdone si soy indiscreto, pero, ¿qué clase de relaciones les unen a usted y Norman?

—Ninguna. Simple... compasión por su parte.

—No entiendo.

Jessica sonrió tristemente.

—Usted me ha llamado «señora» antes, pero ese hermoso nombre no tiene significado para mí. Yo no soy casada.

—¿No? ¿Y su hijo?

—Fui violada hace unos años. Todos los antecedentes de ese horrible asunto están en poder de la policía y los tribunales de Boston.

El teniente, padre de familia y con dos hijas, apretó los puños mientras su mirada adquiría el color gris del acero.

—Yo una vez rompí a golpes la columna vertebral a un violador —susurró—. Me tuvieron retirado del Cuerpo durante dos años, pero no lo sentí. El tipo no puede moverse... —añadió abruptamente—. Bueno, a lo

que iba. ¿Qué tiene eso que ver con Norman?



Norman mostró alegría al ver al monstruo

—Es sencillo... Yo he corrido mucho con mi hijo hasta llegar a San Luis. He visto de todo, pero todo ha sido horrible. He limpiado hoteles, he servido en los «snack-bar» de la ruta, he hecho de camarera en los barcos fluviales... Hace un par de días me despidieron de uno de ellos por culpa del dueño, que no dejaba de perseguirme, y por culpa de un cliente a quién no complací. Anoche la policía me encontró buscando hotel y amenazó con encerrarme si no acreditaba un domicilio fijo o un trabajo. Estaba desesperada... Nunca había sentido la necesidad de beber, pero entonces la sentí. Entré en un bar... No sabía bien lo que me hacía. Dije a Nick, mi pequeño, que me aguardara en la puerta. Sé que era horrible, pero lo hice así. Y entonces vi a Norman que acariciaba la cabeza del niño. Sí, lo acariciaba con sus extrañas y grandes manos. Salí, y Norman me dijo que no bebiera más. Me ofreció hospedaje. «No tiene nada que temer, porque nos llevaremos al niño»... Todo empezó así.

Cerró los ojos otra vez, mientras el coche se deslizaba suavemente junto al río.

El teniente tenía los ojos quietos, fijos en la lejanía y convertidos otra vez en dos puntitos de acero.

El conductor volvió la cabeza.

—¿Jefe...?

—Llévala junto a Norman —susurró—. No le hemos detenido.

Luego se volvió hacia Jessica, apretando los labios.

—Cuando le vea otra vez, hágame un favor, muchacha. Fíjese en sus manos...

CINCO

—Yo siempre he sido igual —musitó Norman, mientras miraba la ventana—. No puedo ver a una persona que sufre y pasar a su lado indiferente, sobre todo si esa persona es joven. No tiene ningún mérito eso, ni significa que yo sea una persona caritativa. Simplemente, no puedo ver sufrir. Creo que te ayudé por eso.

Estaban los dos en la pequeña biblioteca donde habían tenido lugar los sucesos una noche antes. Por la ventana entraba la luz de una luna temprana que arrancaba destellos de plata a las aguas del Mississippi. En una pequeña mesita, cerca de las estanterías de libros, tomaban un té algo cargado que iba a servirles de cena.

El cadáver ya había sido retirado horas antes, y todo estaba en orden. Las rayas de tiza que señalaban su posición habían sido borradas. No obstante, aún seguía flotando un aire espeso, macabro, extraño, en el interior de la pieza.

Norman añadió lentamente:

—Una vez, hace cinco años, ayudé incluso a un hombre que ya no era tan joven. Era contrahecho, barbudo, y vestía de una manera rara. Parecía haber sido arrancado de una barraca de feria o de la escena de una pesadilla. Se había atrevido a entrar en un bar frecuentado por estibadores, y cuatro o cinco de estos, completamente borrachos, le estaban dando una paliza junto a la puerta, entre risotadas. Yo me metí en la pelea, y aunque recibí muchos golpes, hice que le soltaran. Lo recordaré siempre porque era una noche de lluvia, una noche como la pasada, en que el cielo estaba rojizo y las gotas de agua resbalaban sobre los cristales. Llevé a aquel hombre junto al río y procuré restañarle la sangre. Luego te di de cenar y lo traje a dormir aquí. Nunca he pasado una noche tan extraña como aquella. Creo que tuve miedo.

—Pero fue una obra muy meritoria —susurró Jessica—. Si solo ayudáramos a los que nos son simpáticos, la caridad no tendría sentido. Lo verdaderamente importante es ayudar a los seres más desdichados, a los que son horribles.

La mujer hizo una pausa y vio cómo él le servía el té.

Miró, sobre todo, sus manos.

La luz de la cercana pantalla se combinaba con la luz de la luna, dando a aquellas manos un tinte irreal y que parecía fuera de este mundo. Sin embargo, Jessica se dio cuenta de que eran unas manos normales, sin nada que llamase la atención en ellas excepto ser algo grandes. Pero no resultaban tan enormes como las del sargento que había tocado el cadáver.

No parecía que con ellas se hubiera podido desnucar fácilmente a un hombre como Percy.

Y sin embargo...

Norman acabó de servir el té.

—¿Qué hace el pequeño? —susurró.

—Duerme.

—¿No se ha impresionado por... lo sucedido?

—Los niños, a esa edad, no se dan cuenta de nada. Más bien le ha divertido ver entrar aquí a la policía.

—Tiene unos cabellos muy hermosos, ¿verdad?

—Preciosos. Son de un rubio dorado tan puro que no creo haberlos visto en ningún otro niño del mundo.

—¿Se parecen... a los de su padre?

La mención hizo que la taza de té temblara en la mano izquierda de Jessica, derramando parte de su contenido.

—No —dijo, con un soplo de voz—. Su... padre era moreno. Tenía los cabellos negros y encrespados. No se parece en nada.

—Tú, o él, debéis tener entonces algún antepasado rubio. Suceden cosas extrañas con la herencia de las personas. Gentes que no se parecen en nada a sus padres, se parecen, sin embargo, a sus bisabuelos, tienen costumbres de estos y enfermedades de estos. ¿Quién fue el que dejó establecidas las leyes de la herencia? Ah, sí, ahora lo recuerdo... Se llamaba Mendel.

Bebió un sorbo de su té y musitó:

—Yo, una vez, tuve una terrible sorpresa.

—¿De qué clase?

—Yo no me parezco a mis padres ni a mis abuelos. Alguna vez te enseñaré retratos suyos y lo verás. Recuerdo que muchas veces, en casa, preguntaban a quién podía parecerme. Pues bien, cierta vez, en una biblioteca pública de Boston, encontré un periódico antiquísimo, uno de los primeros que se publicaron en este país, y en él vi mi retrato —Hizo un movimiento con la mano derecha, como queriendo contener el gesto de asombro de Jessica—. Bueno, no era mi retrato exactamente, claro, pero la persona allí representada se parecía extraordinariamente a mí. Llevaba bigote y cuello bastante alto, pero el efecto al primer golpe de vista era instantáneo. Por el nombre vi entonces que aquello no obedecía a la casualidad. Se trataba de mi tatarabuelo. ¡Al fin sabía yo a quién me parecía! Curiosas leyes las de la herencia, ¿verdad? Un parecido tan pasmoso al cabo de tantos años...

Jessica bebió al fin un sorbo de té.

—Sí, realmente es curioso. Pero no veo que ello sea suficiente para dar un susto a nadie.

—Es que no se lo he explicado todo —dijo él son la misma lentitud—. Al pie de la fotografía decía que aquel hombre había sido ajusticiado en

Boston por varios asesinatos. Era una especie de monstruo que en determinadas noches no podía resistir la tentación de estrangular a sus víctimas. Sin embargo, en los días y noches llamémosle normales, era un hombre tranquilo y apacible, como yo...

Jessica, que ya tenía el té en la garganta, sintió que este abrasaba como si fuese fuego.

Lo tragó dificultosamente.

Algo que no quería nombrar, algo que no podía expresarse ni siquiera en pensamientos pasó entonces por su cerebro de una manera lejana y difusa, como en los cines de barrio pasan las escenas en gris de las películas viejas.

Era algo tan terrible que sintió cómo se tensaban los músculos de su garganta. Le era imposible tragar el té.

—¿Qué te sucede?

Los ojos de Norman eran tranquilos, limpios...

Al fin Jessica pudo tragar el té.

—¿A qué se dedicaba aquel hombre? —preguntó, con su tono de voz más normal.

—Es curioso... Era periodista, uno de los primeros periodistas que han existido en este país. Sentía, por lo visto, una irrefrenable afición a escribir... como la siento yo.

Otra vez Jessica sintió que se le tensaban los músculos de la garganta.

—¿Tú qué eres? —musitó al cabo de unos instantes—. Es curioso pero no te lo he preguntado aún. He pasado una noche entera en tu casa y no sé a qué te dedicas.

—Soy periodista —dijo Norman—. No un periodista muy brillante, lo reconozco. Creo que escribo bien, pero no tengo la picardía suficiente para interesar al gran público. Si no fuera así ya estaría trabajando en Nueva York o en Chicago, en lugar de conformarme con los periódicos de San Luis, que nunca serán demasiado importantes. Además yo mismo reconozco que carezco de ambición. Soy una persona que no quiere quitar su sitio a nadie...

Tendió un platito de pastas a Jessica, con sus dedos ligeramente encallecidos a causa del contacto con las teclas de la máquina.

—¿Qué te pasa con mis manos? ¿Por qué las miras tanto?

—Nada... Deben ser imaginaciones tuyas. Perdona.

Jessica mordió suavemente una pasta.

—Vives con independencia... —susurró—. Y tu apartamento no es feo. ¿Cuánto ganas?

—Lo suficiente para vivir con desahogo, pero nunca tengo dinero ahorrado. Hago préstamos a los amigos y estos nunca me los devuelven.

—Tal vez eres demasiado buena persona.

—¡Bah...!

Norman terminó de beber su taza de té y miró fijamente a Jessica.

—¿Y tú? —musitó—. ¿Qué piensas hacer? Es curioso que no hayamos hablado apenas nada de ti.

—No sé aún qué pienso hacer... Desde luego, no puedo estar demasiado tiempo en tu casa.

—¿Por qué? Nadie tiene derecho a pensar mal. Estamos en compañía del pequeño Nick...

—Pero no tengo derecho a abusar de tu hospitalidad. Puedo perjudicarte ante tus compañeros y tus jefes. Además...

—¿Además qué...?

—Siempre he tenido mala suerte con los hombres —musitó Jessica sin querer mirarle—. Es decir, los hombres siempre han buscado en mí unas determinadas cosas.

—¿Qué cosas?

—Tú eres distinto, Norman. Quizá por eso no lo comprendes.

Se puso en pie y caminó. Tenía las caderas anchas y redondas, como las curvas de un ánfora griega. Tenía las piernas largas y esbeltas, pero no delgadas. La costura de las medias se curvaba en la suave línea de la pantorrilla y se prolongaba hacia arriba, más allá del misterio del borde de la falda, como la línea siempre ascendente de una obsesión. La blusa que llevaba encima de la falda era delgada y de profundo escote. Jessica tenía un seno duro, alto, potente y al mismo tiempo dulce como el de una virgen judía. Al verla se tenía que pensar por fuerza en mil locuras, en mil cosas prohibidas que uno no diría en voz alta. Sin que él se diera cuenta, el deseo brilló en los ojos de Norman.

—¿Ves? —musitó ella—. Todos los hombres me han mirado como me estás mirando ahora tú.

El pareció despertar de un sueño.

—¿Cómo te miraba?

—Es imposible explicarlo.

Volvió a sentarse, cruzando ahora las piernas. Quizá ni ella misma se daba cuenta de que era demasiado bonita, de que podía volver loco con facilidad a un hombre.

Norman cerró los ojos.

—Por eso no puedo aceptar tu hospitalidad —susurró ella—. Es peligroso. Tú tienes treinta años y no eres mal parecido. Al contrario, diría que eres un hombre guapo. Yo soy, al decir de los hombres, una de esas mujeres que ya no tienen nada que perder. La mezcla resulta demasiado, explosiva para tenerla al sol mucho tiempo.

—De todos modos —dijo él, abriendo los ojos—, has de rehacer tu vida, y este es un buen sitio para empezar. Al menos no estarás sometida a las asechanzas de nadie. Puedo encontrarte trabajo en el periódico, ¿sabes? En las redacciones no todo el mundo ha de saber escribir. Hay muchachas que

trabajan en la sección de archivo, otras que recortan noticias, algunas que ayudan al confeccionador a realizar el montaje sobre una maqueta... Yo estoy seguro de que te conseguiré alguna cosa.

Volvió a servirse un poco de té, que bebió enseguida, y añadió:

—También existen algunas pensiones honorables cerca de aquí. Yo viví en una de ellas antes de encontrar este apartamento, y haré que te admitan junto con el niño. Ahora lo que tienes que hacer es descansar, reconfortarte... Las experiencias por las que has pasado son demasiado horribles.

Se puso en pie.

—Esta es la última noche que pasas junto a mí. Mañana todo habrá cambiado.

—La última noche...

No sabía por qué, aquellas palabras tenían para Jessica un significado en el que no quería pensar, que le transmitía a lo largo de la columna vertebral una sensación de frío horrible.

Pero no podía evitarlo. Ahora ya estaba allí, y además estaba con el niño. El pequeño Nick dormía.

No podía irse con él a través de la noche, aunque permaneciendo allí tuviera clavada aquella sensación de horror en la nuca.

—Sí —dijo con un soplo de voz—. La última noche...

SEIS

La luna estuvo alta sobre el firmamento durante toda la noche. No se vio en el cielo ni una nube.

Norman Seik durmió en el suelo, sobre una manta, muy cerca del lugar donde había estado tendido el cadáver de Percy. Pero a pesar de eso durmió bien. No se inquietó un solo instante.

Y no sintió tampoco nada en sus manos durante toda la noche.

En cambio la que no pudo conciliar el sueño ni por un momento fue Jessica. Durante horas y horas estuvo mirando la puerta que comunicaba las dos habitaciones, temiendo a cada momento ver aparecer una extraña figura. A veces se abrazaba a su hijo y sentía deseos de llorar.

Pero el día siguiente amaneció radiante, lleno de luz, viéndose solo al fondo unas nubecillas blancas que aún prestaban mayor encanto al intenso azul del río.

Norman, después de ducharse y asearse en el cuarto de baño contiguo, golpeó discretamente con los nudillos en el dormitorio donde se encontraba Jessica.

—¿Puedo pasar?

Ella se cubrió con la manta hasta el cuello.

—Claro que sí... Adelante.

Norman tenía un aspecto risueño y alegre. Parecía completamente cambiado. Miró al niño y sonrió.

—Pero, ¿todavía duerme ese holgazán? Nada, hay que despertarle. Os invito a desayunar a los dos antes de ir al Juzgado.

—¿Al Juzgado? ¿Para qué?

—Es una simple formalidad. Tengo que prestar nueva declaración para unirla al atestado de la policía y acreditar la legítima defensa. Por cierto, hoy entierran a Percy... —hizo una mueca—. Bueno, hablemos de otra cosa. ¿Cuánto tardaréis en arreglaros tú y el niño?

—Media hora.

—Entonces os espero. Hay un bar. Repasaré los periódicos y encargaré el desayuno mientras tanto.

—Gracias, Norman.

—¿Por qué?

—Por nada...

En realidad ella ya se había dado cuenta de que Norman se iba a un bar para dejarla sola en la casa y que pudiera moverse con más libertad, desnuda como estaba. Le conmovían un poco aquellas delicadezas de Norman, y no sabía cómo clasificarle. Pero entre todos los sentimientos

que la dominaban al pensar en él, había uno más poderoso que los otros: inquietud.

Menos mal que ya había pasado la última noche...

Despertó a Nick, que estaba muy contento, lo lavó y lo peinó. Luego ella se arregló también. En el espejo se la veía tan joven, tan bonita que parecía increíble que aquel niño fuera ya su hijo. Jessica apenas se maquilló, y media hora después, puntualmente, estaba en el bar señalado por Norman.

Ahora, al salir a la calle, se dio cuenta de que por primera vez tenía un momento de calma. Y eso le hizo fijarse mejor en las casas del barrio.

Era un barrio viejo.

★ ★ ★

—Es un barrio viejo... —le dijo más tarde a Norman, cuando los tres estaban sentados ante una mesa, consumiendo un pasable desayuno.

—Sí —dijo él—, lo es. Van a trazar una nueva avenida, ya que desde este lugar hay una magnífica vista sobre el río, y están demoliendo algunas viejas casas. ¿Te has fijado en que junto a la nuestra hay dos o tres que están ya casi en ruinas?

—Sí, ya me he fijado. Y causan una impresión extraña. Yo diría que dan... miedo.

—¿Por qué? Nadie vive en ellas.

—Precisamente por eso. Los cristales siguen en las ventanas, las puertas parecen cerradas... En fin, es una sensación que no tiene sentido. Mejor que no hablemos de eso.

—Como quieras. Ya me he dado cuenta de que eres bastante nerviosa. No hay que dejarse impresionar por los detalles.

Miró al pequeño.

—¿Tienes apetito, Nick?

—¡Uy, mucho!

—Pues no dejes nada. Ahora no tendremos ocasión de desayunar juntos muchas veces, ¿sabes? Seguramente tendré que levantarme muy temprano...

En efecto, el «Mississippi News» cerraba la edición a primera hora de la tarde, y los redactores tenían que madrugar. Norman lo comprobó aquel día, cuando el director le miró con cara de perro porque había llegado tarde.

—Menos mal que tiene usted algo interesante que contar, Seik. Yo creí que su amor al periódico le habría hecho venir antes para ofrecernos un reportaje en exclusiva, pero ya veo que no... En fin, póngase ante la máquina y explique lo que sucedió. De pe a pa, ¿entiende? Ese Percy era un buitre negro, uno de esos tipos por los que vale la pena aceptar el cargo de verdugo. A la gente le llegará la baba hasta las rodillas cuando sepa que lo liquidó uno de los redactores de nuestro periódico. Explique cómo pudo

hacerlo. Le pagaremos el reportaje doble.

Norman se dejó caer en una silla, abrumado. De repente, con aquella mueca de preocupación en las facciones, parecía diez años más viejo.

—Lo malo es que... que no lo recuerdo.

—¿Cómo?

—No recuerdo nada.

El director se dejó caer hacia atrás en la silla y le miró enseñando los dientes.

—¿Ah, sí? Conque bromas, ¿eh?

—Se lo juro. ¡No recuerdo nada! Solo sé que vi avanzar a Percy y tuve una alegría muy grande, muy extraña...

—De modo que una alegría muy grande...

—Sí, eso es. Enorme.

Los dientes de perro del director rechinaron. De pronto estalló por todos los poros, el tío.

—¡Basta de bromas, Seik! ¡No mata uno a alguien todos los días como para olvidarlo tan pronto! ¡Póngase a la máquina y haga un reportaje como para chuparse los dedos de los pies! ¡Hágalo ahora mismo o le juro por mi padre que a partir de ahora se dedica usted a hacer interviús a los peces del río!

Norman se levantó, sin contestar, y fue hacia su mesa de trabajo, donde brillaba la máquina.

Seguía pareciendo más viejo. Sus cejas estaban fruncidas y en todo su rostro había una expresión de sufrimiento que llegó a impresionar a sus compañeros más cercanos.

Cuando se puso ante la máquina, sus dedos y sus labios temblaban.

Las nubes blancas que habían flotado sobre el Mississippi fueron aumentando de tamaño y oscureciéndose poco a poco. Al atardecer todo el cielo se puso gris, amenazando lluvia.

SIETE

Rojo, intensamente rojo.

Debían ser las seis de la tarde cuando una oscuridad extraña y compacta se apoderó de la ciudad. Las aguas del río bajaron rumorosas y turbias. Sobre los tejados de San Luis, unas débiles gotas empezaron a repiquetear débilmente.

El confeccionador dijo:

—Bueno, muchachos, hay que cerrar la edición de nuestro importante periodicucho. El «Mississippi News» no puede esperar más. Hay que dar a la linotipia todo lo que tengáis hecho, porque la edición ya lleva un retraso de más de una hora.

Aunque el confeccionador se había dirigido a los «muchachos» en general, el aviso iba, dirigido únicamente a Norman. Todo el mundo había entregado ya sus trabajos, y el plomo hervía en las linotipias. Incluso algunas páginas completas estaban ya en manos de los estereotipadores, que preparaban los tejuelos para la rotativa. El único que no había entregado aún su reportaje era Norman Seik, que llevaba horas y horas ante la máquina.

¡Y el periódico debía estar ya en la calle desde sesenta minutos antes! El director no quería ni verlo. Solo le perdonaba aquello a Norman porque le habían reservado la primera página y porque el reportaje sería un éxito, a pesar de todo. Pero no entendía por qué un hombre que había vivido su propia historia tenía que estar para contarla tantas y tantas horas ante la máquina.

Por fin Seik entregó su trabajo. Tenía los ojos enrojecidos y las facciones pálidas. Cualquiera hubiese dicho que acababa de salir de una horrible pesadilla.

—Ya está. ¿Quiere leerlo, señor director?

—No, no... ¡Ni un minuto queda para eso! ¡A las linotipias con él enseguida! ¡Regente! ¡Diga a los del taller de composición que pagaré al doble la línea si consiguen que los estereotipadores estén trabajando dentro de media hora! ¡Pronto!

Cuando el reportaje hubo sido entregado a las máquinas, el director se acercó lentamente a la mesa de Norman.

—No lo entiendo, muchacho. Usted siempre ha sido rápido trabajando, y en cambio ahora se ha pasado... ¡todo un día! para hacer un reportaje de ocho cuartillas. ¿Qué es lo que le ocurre? Al fin y al cabo esa era una historia que usted mismo había vivido...

—Lo sé, pero...

—Pero, ¿qué?

—Sé que no va a creerme, pero yo no recordaba nada absolutamente. Era como un relato hecho con jirones de niebla, como si lo que yo contaba hubiera sucedido en otro mundo. No puede imaginarse lo que me han costado esas ocho páginas...

—Entonces, ¿es cierto eso de que no lo recordaba?

—Cierto, se lo juro.

—Me huele a camelo. Y oiga, Seik, no pienso pagarle ni dos centavos extras por esas historias, de modo que puede ahorrarse sus cuentos de amnesia. Un fulano que mata a Percy como usted lo hizo, lo recuerda al día siguiente y lo recuerda diez años después. ¡Es como abrocharle la combinación a Claudia Cardinale y no acordarse luego! ¡Vaya a otro sitio a hacer de espantapájaros!

Norman se puso en pie.

Estaba acostumbrado a los accesos de furor de aquel tipo y había momentos en que no le oía siquiera. Estaba seguro de que luego el director le invitaría a cenar.

En efecto, un par de minutos después el director había escondido sus dientes de perro.

—Le invito a cenar, Seik.

—¿Qué hora es?

—Las seis treinta.

Seik se llevó una mano a la frente.

—¡Dios mío, ahora que lo recuerdo...! Las seis treinta ya... Tenía que buscar una pensión para Jessica.

—¿Jessica? ¿Quién es Jessica? ¿Está bien? ¿Lleva falda estrecha? ¿Sabe cruzar las piernas?

—Puede que le pida un empleo para ella dentro de muy poco tiempo, pero ahora lo importante es buscarle un sitio donde dormir. Permítame. Voy a telefonar.

Descolgó el auricular y marcó un número nerviosamente.

Muy poco después había conseguido alojamiento para Jessica y su hijo, en la pensión donde él estuvo años antes. Marcó entonces el número de su propio apartamento.

La voz de Jessica le contestó. Parecía llegar desde muy lejos.

—Perdona —susurró Norman—. ¡Las horas han pasado de un modo tan rápido y tan extraño! ¿Habéis comido tú y Nick?

—Sí. No debes preocuparte por nosotros.

—Es que te he encontrado alojamiento. Es en la pensión donde te dije, ¿recuerdas? Tenéis una habitación doble para ti y Nick. Está en el número 112 de la misma calle, y te atenderán apenas des mi nombre. Pero no... Iré yo mismo a buscarte y te llevaré allí. ¿Puedes aguardarme quince minutos?

—Sí, Norman, pero procura no tardar más. Precisamente estaba

empezando a sentir miedo.

—¿Miedo a qué?

—Está lloviendo...

—¿Y qué tienen que ver las noches de lluvia?

Ella no contestó. Se podía adivinar que estaba temblorosa al otro lado del cable.

—Nada. Perdóname.

De pronto Norman recordó.

—Ah, es curioso... ¡Vaya tontería! Todo eso te hace pensar en aquel antepasado mío de quién te hablé, ¿no? Lamento ahora haberlo hecho. Eres demasiado nerviosa... ¿De todos modos me aguardarás quince minutos?

—Sí, Norman.

Jessica colgó, al otro lado. Norman Seik también lo hizo pensativamente, mientras miraba hacia la ventana.

Era verdad. Llovía.

En la redacción había unos cristales abuhardillados y que le daban un aspecto bohemio, por los cuales resbalaba la lluvia. El cielo, más allá, estaba intensamente rojo.

Norman sintió que se le contraía la garganta y por unos instantes no pudo ni siquiera tragar saliva.

¿Qué le ocurría?

El mismo no podía ni darse cuenta. Era como una obsesión aquel cielo rojo. Era como algo que llegaba desde el Más Allá, igual que llegan los relámpagos y los rayos cósmicos, y le atravesaba los sentidos.

Se miró las manos.

—¿Qué le pasa? —preguntó el director, tras él—. ¿Sabe que es usted un tipo raro, Norman?

—No me ocurre nada.

—Eso espero. Al menos me tranquiliza saber que tiene usted una mujer en su casa. ¡Ya era hora de que se animara, hombre! No se puede vivir siempre solo como un pajarraco.

—Lo de la mujer que tengo en mi casa no es, ni mucho menos, lo que usted piensa.

—Vaya, hombre... Pues lo siento.

Norman se echó una gabardina sobre los hombros y salió de la redacción. A pesar de que no había comido desde la hora del desayuno, tampoco sentía hambre. Vio, en la puerta, que el agua corría ya por las aceras, yendo por conductos misteriosos hacia el río. El cielo seguía tan rojo que parecía como si lo hubieran manchado con sangre sucia.

Norman echó a andar.

Y de pronto oyó aquella voz:

—Ni un movimiento, muchacho, si quieres conservar la piel. Quieto,

En realidad si Norman no hubiera estado tan distraído se habría dado cuenta ya de que algo raro ocurría al salir del periódico. En efecto, un coche grande, negro y algo anticuado, un «Nash», se había puesto en movimiento al salir él, deslizándose en punto muerto por la calle en pendiente. Dos tipos que aguardaban pacientemente en un portal, varios metros más abajo, se despegaron de la pared cuando él empezó a caminar por la acera.

Fueron aquellos dos tipos los que, aprovechando la semioscuridad de la calle, casi se lanzaron sobre él.

—¡Quieto!

Norman notó que le amenazaban con una pistola. Era fácil advertirlo por la dureza del cañón. Y no se trataba de un cacharro de juguete, seguro. Pero, ¿por qué diablos le amenazaban precisamente a él?

—¿Están locos?

—¿Tú no eres Norman Seik?

—Sí, pero...

—¡Adentro!

El «Nash», que se había deslizado silenciosamente, estaba ya junto a ellos. Una de las portezuelas posteriores se abrió. Norman fue empujado brutalmente.

—Y ahora quietecito si no quieres que te llenemos de botones rojos. Puedes arrancar, Savage.

El llamado Savage era un tipo con cara de Caballo que manejaba el volante. Los dos raptos de Norman se habían colocado uno a la derecha y otro a la izquierda, entrando cada uno de ellos por una puerta distinta. El vehículo arrancó.

Norman no había podido vencer su primera reacción de asombro. No comprendía absolutamente nada de todo aquello.

—¿Vosotros buscáis a un tipo que se llama Norman Seik?

—Sí, ratoncito.

—¿Y que es periodista?

—Justo, muchacho. Tú siempre das en la diana.

—No sabes bien lo amigos que vamos a hacernos.

—¿A dónde me lleváis?

—Ya lo verás.

El «Nash» descendió hacia el río y tomó la autopista del sur, entre olmos temblorosos y arbustos que se agitaban sacudidos por las ráfagas de lluvia. El Mississippi bajaba crecido y bramaba de una manera sorda, lenta. Norman oía como una obsesión el chocar de las gotas de agua sobre el techo del vehículo.

Sus dos raptos guardaban silencio, aunque seguían amenazándole con las pistolas.

—¡Por Dios, hablad!

La petición había surgido de la garganta de Norman con un tono implorante. Los dos hombres que estaban a sus costados le miraron atónitos.

—Pero ¿qué te pasa?

—¡Hablad! ¡No quiero que sigáis con este silencio! ¡No quiero oír más tiempo el gotear del agua sobre el techo!

—¡Tú estás loco! ¿Qué tiene que ver el agua...?

—Pero ¿no os dais cuenta de que lleva lloviendo varias horas? ¿No habéis visto que el cielo está rojo?

—¿Y qué?

—¡Gritad más! ¡Gritad más, por favor! ¡Sigo oyendo las ráfagas de lluvia!

Savage, al volante, se encogió de hombros.

—Lo que os decía. Este tipo está majareta.

—Menos mal que pronto llegamos.

El coche, en efecto, tomó una curva, remontando una colina por un camino de tierra. Más allá, entre los árboles, había una casa de tejados grises con una piscina. Norman conocía más o menos aquella casa porque sabía que se alquilaba durante la temporada estival. Su ocupante actual podía ser cualquier persona. Había una luz muy débil en una de las ventanas del piso superior.

—Aparca detrás de la casa, Savage, y luego ya sabes: regresas a la ciudad y dejas el coche lejos de donde lo tomamos.

Norman apretó los labios. De modo que se trataba de un coche robado... Y seguramente la casa donde iban a entrarle ahora estaba ocupada por aquellos tipos sin permiso de su dueño. Simplemente la habían ocupado por tratarse de una casa deshabitada. Pero ¿qué iba a encontrar allí? ¿Por qué le habían buscado a él precisamente?

El «Nash» se detuvo ante una puertecita trasera.

—Abajo.

Norman se miró las manos al descender. Le pesaban como si fueran de plomo. Las sentía más grandes, más pesadas y más macizas que nunca. Todo aquello le recordaba lo que pasó dos noches atrás, cuando quiso mirarse las manos que tenía debajo de la manta y Percy entró en la habitación.

—Camina hacia la casa.

Los cañones de las pistolas se clavaron en sus riñones despiadadamente, obligándole a avanzar.

—¿Tenéis... unos guantes?

—¿Unos qué...?

—Unos guantes.

—Pero, ¿para qué diablos los necesitas? Oye, tú estás bastante más chiflado de lo que parece.

—¡Quiero unos guantes! ¡Vosotros debéis llevarlos! ¡Dádmelos! ¡Dádmelos de una maldita vez!

Su voz era patética, reflejaba una angustia que parecía estar más allá de este mundo. Los dos hombres se miraron atónitos mientras Savage daba la vuelta con el coche para regresar a San Luis.

Al fin se encogieron de hombros.

—Dáselos tú, James. Tú siempre llevas.

El llamado James le tendió unos guantes bastante finos de piel gris. Norman se los puso febrilmente.

—Me vienen pequeños.

—Es raro, porque tú y yo somos más o meaos de la misma complexión y de la misma altura.

—Pues a mí me vienen pequeños.

—¿Es que te crecen las manos o qué?

Antes de que Norman pudiera contestar, el otro tipo perdió los nervios y le atizó dos culatazos en el cráneo, aunque sin lograr derribarle.

—¡Ya me está reventando este tipo con sus manos y con sus guantes! ¡Hay que llevarle pronto adentro! ¡Vamos! ¡Que no se detenga!

Norman no se detuvo. Parecía pensar en otra cosa, esa era la verdad. Fue introducido en una casa grande y antigua, donde no había muebles. Sus pasos resonaban cien veces en las enormes habitaciones vacías. Llegaron a una de ellas, al fondo, donde brillaba una luz.

En esa habitación había una silla, y en la silla estaba sentada una mujer con las piernas cruzadas.

Era una mujer joven, bonita, pelirroja.

Ya se sabe que las pelirrojas suelen tener pecas, pero a esta la hacían el rostro gracioso. No erais un defecto, sino una virtud. Ya se sabe además que las pelirrojas no suelen tener vello y que su piel resulta muy tentadora. A pesar de la escasa luz, Norman pudo darse cuenta de que la que tenía enfrente de los ojos era la reina de todas las tentaciones.

No se había preocupado de la posición de la falda al cruzar las piernas, y la llevaba alzada hasta medio muslo. El nylon de sus medias brillaba tenuemente. Taconeaba impaciente en el suelo con el altísimo tacón de uno de sus zapatitos negros.

Pero encima de todos aquellos encantos tenía unos ojos fríos, duros, inhumanos, tan quietos como los de una serpiente.

Susurró:

—¿Es ese?

—Sí, Patricia.

—¿Por qué lleva las manos enguantadas?

—Bah, una estupidez... El tipo este ha pedido unos guantes. Me parece que está más loco que si se hubiera encontrado una momia en la cama.

—No me gustan las manos enguantadas.

Norman se había acercado hasta unos pasos de ella. Veía la suave curva de la rodilla y el nacimiento de los muslos. Era una mujer tentadora, hecha para amar. Pero, cosa extraña, Norman pensó entonces en Jessica, que le estaría esperando inútilmente.

La mujer descruzó las piernas con sabia lentitud.

—Y ahora dínos dónde está el dinero —susurró—. Suelta todo lo que le sacaste a Percy.

OCHO

—¿Qué dinero? —musitó él—. ¿Qué tiene que ver Percy con todo esto?

Parecía sinceramente asombrado, pero la mujer no se impresionó ni por un momento.

—Te voy a explicar lo que liga al difunto Percy con todo esto —dijo—, aunque supongo que ya la sabes. Percy formó parte de nuestro grupo hasta el último trabajo que hicimos, en la base naval de Norfolk. Fue allí donde se volvió loco. Le habíamos confiado casi todo el botín, consistente en quinientos mil dólares. Desde que ingresó en el manicomio, no los vimos más, ni nos fue posible hablar con él. Mejor dicho, durante las visitas hizo ver que no nos conocía. Entonces le facilitamos la evasión para tenerlo a buen recaudo y poder hablar calmadamente con él, pero se nos escabulló. Durante veinticuatro horas lo estuvimos buscando hasta que apareció en tu casa, Norman Seik, y tú lo eliminaste. Cómo pudiste hacer eso, ni me importa ni te lo pregunto. Pero necesito saber qué es lo que te dijo Percy antes de morir, o qué es lo que tú le sacaste. Esa información vale casi medio millón de dólares y no necesito decirte que estoy dispuesta a cualquier cosa para obtenerla. Será mejor para todos si no nos pones las cosas difíciles.

Norman entrecerró los ojos.

Ese lenguaje lo había oído a veces en las películas, pero no creía que pudiera existir en la realidad. Y hete aquí que él, él mismo, se encontraba en una casa deshabitada, con la sola compañía de dos tipos que le amenazaban con pistolas y una mujer bonita que le hablaba de aquel extraño modo. Era como para no creerlo.

Pero eso no le importaba, en el fondo.

Lo que le importaba era la lluvia, aquel sonido obsesionante que también oía sobre el techo de la habitación, sobre las ventanas, sobre el mundo entero.

Dijo:

—No sé de qué me estáis hablando.

Notó que la mujer le miraba. Notó que miraba sus manos, su rostro y luego sus manos otra vez.

Y fue entonces cuando empezó nuevamente aquel horror, aquella cosa sin nombre, aquella pesadilla.

Como a través de murallas de niebla, Norman Seik oyó que la mujer lanzaba un horrible grito.

NUEVE

Norman Seik nunca había oído a una mujer gritar de aquel modo.

Para él fue como el descubrimiento de un mundo donde solo imperaba el horror, la muerte. Sintió que sus manos le quemaban y entonces avanzó dos pasos.

La mujer aulló:

—¡Matadle!

Los dos hombres se movieron a un tiempo, empuñando sus pistolas. Ninguno de ambos llegó a disparar. Norman se arrojó sobre el de la izquierda, sorprendiéndose al ver su gesto de inaudito horror. Y a partir de aquel instante ya no vio nada, ya no pensó nada, ya no recordó nada.

Notó solamente que sus manos caían sobre aquel hombre, que hizo fuego al azar, perdiéndose la bala en el techo. Notó también que le sujetaba, y que el «gangster» se defendía empujándole hacia atrás con todas sus fuerzas. Norman cayó sobre el otro, que gimoteaba de una manera extraña, perdida ya su arma. Rodaron abrazados por el suelo, mientras la mujer corría despavorida de un lado a otro.

Norman, mientras rodaba por el suelo abrazado al «gangster», pensó de una manera inconcreta, como si estuviera pensando algo relacionado con otra persona:

«Pero ¿por qué ella no tendrá un revólver? ¿Por qué se ha fiado solamente de esos dos? ¿Por qué no dispara sobre mí?»

Notó que el hombre abrazado a él había quedado en el suelo, y que no se movía. Saltó entonces sobre el otro, que estaba apoyado en la pared, todavía con el revólver en la mano y, sin embargo, temblando espasmódicamente. Norman no lo veía apenas; solo veía como lejanas sombras. Lo abrazó solo un momento y el otro cayó. Se desplomó flácidamente, como una cosa pastosa y sin huesos, dejando en las manos de Norman Seik como una incomprensible sensación de angustia.

Ahora quedaba la mujer.

La mujer estaba al fondo de la habitación, pegada a la pared, con la boca abierta, muy abierta, jadeando.

Norman siguió pensando de aquella forma lejana:

«¿Por qué no dispara? ¿Por qué no ha buscado el revólver de uno de los caídos y ha tirado sobre mí? ¿Tanto miedo tiene...?»

Al correr hacia el fondo de la habitación, la mujer había hecho un gesto brusco, y su falda estaba rasgada. Se veía el final de la fina media y un puntito obsesionante que debía ser uno de los botones del portaligas. Pero eso Norman lo veía de una forma lejana, irreal e inconcreta. Era como si su

mirada tuviera que atravesar murallas y murallas de niebla hasta llegar al cuerpo de la mujer.

La respiración jadeante de esta se oía en toda la habitación. Era un ruido obsesionante, ronco, que atravesaba la piel.

Norman Seik sentía cómo quemaban sus manos.

Avanzó hacia la mujer paso a paso, lentamente. El respiraba también jadeando, y le parecía como si aquella respiración no viniera de sí mismo. Tendió las manos.

La mujer lanzó un grito horrible, agónico.

Y de pronto él gritó también.

★ ★ ★

El tiempo era algo que no existía, que no podía medirse, que estaba más allá del mundo al que pertenecemos los hombres. El tiempo era también algo que parecía latir en cada palpito de las sienes de Norman Seik.

Se pasó una mano por los ojos y pareció despertar de un largo, de un inacabable sueño.

La gran habitación sin muebles le pareció como el decorado de un gran teatro donde no hubiese estado nunca.

Se dio cuenta automáticamente de que la luna ya se veía alta a través de una de las ventanas, y de que, por tanto, debía ser ya muy tarde. Había pasado seguramente más de una hora desde que él entró allí acompañado por dos hombres.

¿Dos hombres?

Las gotas de sudor resbalaban por las facciones de Norman y llegaban hasta sus labios, impregnándolos de un extraño sabor salado.

Los dos hombres estaban allí, quietos, yaciendo como muñecos rotos sobre las baldosas del suelo. Tenían las cabezas en una extraña posición, lo cual indicaba que sus cuellos estaban rotos. Unas extrañas y grandes marcas azuladas surcaban su piel, desde las mandíbulas a la nuca.

Es casi imposible medir eso a primera vista, pero Norman se dijo que llevaban casi una hora muertos. Poco más o menos el mismo tiempo que llevaba él allí.

Ahora las gotas de sudor resbalaban ya desde su barbilla.

Un recuerdo extraño le llevó a mirar hacia el fondo de la habitación, donde sabía que iba a encontrar algo horrible.

La mujer yacía allí, con la cabeza vuelta hacia el cielo en una posición completamente anormal. Seguramente también tenía el cuello roto. Su falda desgarrada permitía ver la extensión de toda una de sus piernas, desde el fino zapato negro de alto tacón hasta las cintas rosadas del ligero. Como tenía la boca abierta, diríase que jadeaba aún. Norman Seik se arrodilló junto a ella, apoyó la cabeza en su pecho y se cercioró de que no respiraba. No pudo decirse por qué hacía aquello, porque de sobras

sabía él que la mujer estaba muerta. Luego, sin querer mirarla más, se puso en pie.

Tenía la sensación de haber sido despertado repentinamente de un sueño. Le dominaban las náuseas.

Solo en el centro de la habitación, miró la única luz, que parecía bailar ante sus ojos, como en esos trucos de las viejas películas que aún a veces se exhiben en los cines de barrio.

Luego Norman oyó el ruido de un coche.

Oyó el entrechocar de sus propios dientes.

Era la policía. Tenía que serlo. ¡La policía!

Reaccionando bruscamente, Norman echó a correr hacia la puerta por la que había llegado hasta allí. Había hecho antes aquel camino a oscuras, pero a tientas pudo llegar hasta la salida. Vio la luna muy alta sobre el horizonte y fue entonces cuando se dio cuenta de que había dejado de llover.

Se sentía más tranquilo a pesar del rumor de las ruedas del coche avanzando hacia la casa. Era como si al dejar de oír sobre los tejados el ruido de la lluvia una especie de niebla se hubiera disipado de su cerebro, dejándolo más puro y más limpio.

Vio el automóvil. Era de la policía, efectivamente. Ahora remontaba la colina velozmente.

Norman Seik dio un salto y fue a perderse entre las sombras, pero en ese momento el conductor del coche debió ver algo raro y cambió las luces, enfocando las de larga distancia. Estas recortaron la silueta de Norman en el momento de saltar.

El teniente Hodgson, que iba junto al conductor, lanzó una sorda maldición.

—¡Allí!

El coche hizo un brusco viraje, enfocando los matorrales donde Norman se había ocultado. Aún pudieron ver moverse las hojas, mientras el coche volvía a desviarse y frenaba para no chocar de frente contra los porches de la vieja casa.

Hodgson fue el primero en saltar a tierra.

—Bueno, muchachos, hay que rodear toda esa parte de la colina. El fulano es ágil, pero no escapará si nos movemos a tiempo. ¡Aprisa!

—¿Tiramos a las piernas?

—No. Con esta oscuridad podríais alcanzarle mortalmente aunque creyéramos estar apuntando bien. Nada de armas de fuego. Lo necesito vivo.

Había cuatro hombres más en el vehículo, aparte del conductor, que se quedó sentado ante el volante.

Los cuatro corrieron hacia los matorrales que ocultaban a Norman, pero no lo hicieron en grupo, sino dividiéndose para abarcar una zona más

ancha. Sus pisadas se perdieron velozmente en la noche.

Norman las oyó.

Las tenía a su espalda, a su izquierda. No le quedaba más recurso que seguir corriendo hacia adelante, donde encontraría el camino que llevaba hacia la carretera general.

Hodgson hizo una seña al conductor.

Este comprendió, hizo maniobrar el coche, y descendió por el camino, colina abajo, a punto muerto, silenciosamente.

Mientras tanto el teniente entró en la casa, llegando hasta la habitación donde estaban los cadáveres.

Sus facciones parecieron quedar bruscamente rotas por una mueca.

—¡Dios mío!

Salió otra vez al exterior. Ahora no le hubiera importado dar la orden para que sus hombres tirasen contra Norman Seik, pero sus hombres estaban lejos. Corrían colina abajo, escuchando el ruido que producía el fugitivo al romper las ramas con su cuerpo. Todos ellos eran expertos en persecuciones y sabían cómo acorralarle.

Norman los oía también, pero confiaba llegar antes al camino. Y de pronto lo vio.

¡Podría escapar!

Saltó y en ese momento una cosa negra, maciza, se desplomó silenciosamente sobre él. Norman no se dio cuenta de que era un automóvil hasta que los relieves de la carrocería chocaron contra su cuerpo. Lanzó un gemido ronco, mientras aún intentaba saltar hacia el otro lado del camino, donde había más matorrales, y quedó exánime junto a las ruedas, que frenaron con un brusco chirrido de neumáticos.

DIEZ

—Pude frenar a tiempo, teniente. Cuando me vio quiso saltar de un lado a otro del camino, pero le di con el morro del capó. Un poco más y lo dejo seco. Creí que las ruedas le habían pasado por encima del cuerpo...

Las voces llegaban a Norman Seik desde muy lejos, desde el fondo de una niebla que parecía rodear el mundo...

—¿Son importantes las lesiones, doctor?

—No, apenas nada. Contusiones y magulladuras en el rostro, eso es todo. A otro quizá se le hubieran hundido las costillas, pero el tipo es joven y fuerte como un roble.

—¿Podrá hablar?

—Si le inyecto, sí.

—Mire, ahora parece recobrar el conocimiento...

Todos los rostros se inclinaron sobre Norman Seik...

—¡Eh, Seik, infiernos!

Era la voz del teniente Hodgson.

Norman se incorporó penosamente. Se dio cuenta de que estaba en una mesa quirúrgica y encerrado en algo que parecía un quirófano o una enfermería. Varios hombres le rodeaban. Una luz pesada y que parecía poder cortarse flotaba sobre su cabeza:

—¿Qué ocurre?

—¿Y aún pregunta qué ocurre, Seik?

—No sé ni dónde estoy. Por favor, díganme qué es lo que ha sucedido.

—Que hay una bonita orden de detención contra usted. ¡Vamos! ¡Andando!

Entre varios le empujaron hacia una puerta. Norman apenas la veía. Pero sus ideas ya funcionaban algo mejor, y se dio cuenta de que estaba en la enfermería de uno de los Precintos de San Luis. Más allá se encontraba el despacho de alguien, quizá el del teniente Hodgson.

—¡Siéntese!

Tenía cara de perro, como el director del periódico. Pero Hodgson estaba orgulloso de tenerla.

—Bueno, Seik, ahora se han terminado todas las comedias. No me digas que no recuerdas lo que ha pasado en aquella casa de la colina.

Norman parpadeó.

—Es que no lo recuerdo...

—¿Me tomas por idiota? —Hodgson dio un tremendo puñetazo a la mesa—. ¿Crees que uno puede matar a tres personas, entre ellas una mujer bonita, y no acordarse de nada al cabo de sesenta minutos?

—¿Tres... personas?

En contra de su costumbre, el teniente saltó para golpear al detenido. Pero las manos de Norman se movieron sin esfuerzo aparente y le aferraron las muñecas en el último instante. Hodgson sintió como si sus manos chocaran contra dos garfios de hierro. Jadeó, lanzando maldiciones, pero fue inútil. Todos vieron cómo Norman, aparentemente sin esfuerzo, frenaba a un hombre fuerte como el teniente Hodgson. Todos vieron cómo lo hacía solamente con sus manos, parecidas ahora a dos bloques de acero.

Hubo un intenso, casi brutal, momento de silencio.

Aquello era como una acusación contra Norman Seik. Era la prueba peor que podía haberse proporcionado contra él... ¡y la había traído él mismo! Acababa de demostrar que tenía una fuerza diabólica en las manos. Que él podía haber cometido los crímenes de los cuales se le acusaría.

El teniente, poco a poco, cedió en sus esfuerzos, y entonces Norman le soltó. Una mueca de triunfo distendió los labios del polizone.

—Muy bien, Norman —susurró—, esto equivale a una confesión. ¿Sabes que yo fui hasta hace poco campeón de lucha absoluto en el centro recreativo que los policías tenemos en San Luis? Todos han sido testigos de tu «hazaña». No pareces tan fuerte, pero lo eres. Luego no pretendas decirnos que no has podido cometer tú esos crímenes.

—¿Cuántos...? ¿Cuántos eran los muertos?

—Tres.

—¿Cómo llegaron ustedes allí?

—A pesar de que la casa está aislada, uno de los vecinos del otro lado de la colina oyó disparos. Como él no tenía teléfono, tuvo que llegar hasta una de las primeras casas de la ciudad para llamarnos. Entre unas cosas y otras nos retrasamos bastante, pero aún pudimos pescarte allí. Hubo suerte.

—¿Cree de veras que yo hice esa carnicería, teniente?

—No. ¡Claro que no! ¡Lo hizo Caperucita Roja!

—¿Y piensa que maté a una mujer?

—¡Claro que lo pienso! ¡Además, aquella era una buena pájara! ¡Váyase al infierno!

—¿La orden de detención contra mí está ya firmada?

El teniente lanzó un gruñido.

—No, pero la firmará el fiscal del distrito esta misma noche.

—¿Puedo... nombrar un abogado?

—Claro que sí, pichón, pero de poco te va a servir. Distinto sería si tuvieras los cinco mil dólares que se van a pedir de fianza, pero no los tienes.

Norman apretó los labios.

Cinco mil dólares... No, no los tenía.

Y en aquel momento se oyó una voz junto a la puerta.

—Si solo se trata de esa suma, considérese en libertad, Norman. Yo la depositaré.

Norman alzó la cabeza y parpadeó dos veces al encontrarse ante el director de su propio periódico.

—Oiga, yo...

El director avanzó hacia él y le dio dos cariñosas palmadas en la espalda.

—He estado allí, muchacho. Hubo un soplo cuando salieron rugiendo los coches de la policía, y nosotros conseguimos llegar a tiempo. Aún no se había presentado ni el forense, imagínate. Pudimos verlo todo como si acabara de suceder. Sensacional, muchacho.

—¿Sen... sa... cio... nal?

—Algo impresionante, fuera de serie.

El teniente Hodgson escupió al suelo.

—¡Maldito bastardo! ¿De modo que llama sensacionales a tres crímenes porque sirven para llenar las páginas de su periódico?

—Escuche, polizonte... —bramó el director.

Norman mismo sintió algo parecido a la vergüenza. Retiró poco a poco la mano de su jefe, que aún tenía posada sobre su hombro.

—Se lo agradezco mucho, pero prefiero que no deposite la fianza. Es mejor que comparezca ante el fiscal del distrito y ante el jurado si es preciso, para que esto se aclare de una vez.

—¿Y quedar detenido? ¡Ni soñarlo! ¡Tiene que hacer un reportaje especial de lo sucedido, muchacho! ¿Sabe lo que ha pasado con la venta del número de esta noche? ¡Estaba agotado completamente al cabo de media hora! La gente se lo disputaba en los puestos de venta. ¡Hombres serios y solemnes se peleaban por conseguir un ejemplar! Las agencias de publicidad nos han pedido que mañana repitamos el reportaje, y a cambio de eso nos aseguran un trescientos por cien más de anuncios que otras veces ¿Se imagina lo que ocurrirá cuando mañana aparezca un reportaje mucho más sensacional todavía? ¡Multiplicaremos la tirada por diez y podremos cobrar la columna de publicidad al precio que nos dé la gana!

—Es que no recuerdo nada... No podré escribir...

El director emitió un gruñido parecido al que produce un tambor.

—No me venga con cuentos, Seik. Usted puede recordarlo como recordó lo otro. Es un tipo raro, pero no tanto.

—¿De modo que usted también cree que está haciendo comedia? —preguntó suavemente Hodgson.

El director se dio cuenta de que con aquella declaración podía perjudicar gravemente a Norman.

—Yo no digo tanto.

—¿Comparecerá ante el fiscal?

—¡Claro que sí! ¡Yo soy un ciudadano responsable!

—Prefiero que todo se aclare... —insistió Norman.

La cabeza le daba vueltas.

—Naturalmente que se aclarará todo —dijo el director—. Pero, ¿qué necesidad tiene de esperar en la cárcel a que eso suceda? Puede, mientras la policía investiga, estar en libertad y hacer un trabajo útil.

Norman se encogió de hombros. Solo tenía deseos de cerrar los ojos, dormir inacabablemente...

—Y ahora —preguntó el director a Hodgson—. ¿Qué me dice de esos cinco mil dólares?

—Puede depositarlos en la oficina del fiscal, si lo prefiere. Yo no puedo oponerme a la fianza, aunque con gusto lo haría. Seguramente que Norman saldrá libre provisionalmente esta misma noche.

Hizo una leve pausa y añadió:

—Para seguir cometiendo crímenes...

ONCE

El director tuvo la atención de esperar a que se decretara la libertad de Norman Seik bajo fianza. Luego acompañó al periodista hasta casa, en su automóvil. Vieron ambos que una hermosa luna resplandecía en el horizonte, después de la corta etapa de lluvias.

No hablaron durante el trayecto. Solo al detenerse ante la casa donde vivía Norman, gruñó el director:

—Esto no durará mucho.

—¿Qué es lo que no durará?

—Su libertad. Le han dejado suelto bajo fianza porque no tiene usted antecedentes y porque todavía no se ha desatado ninguna campaña de Prensa, pero luego los mismos acontecimientos desbordarán a la policía y al fiscal del distrito. Todos los periódicos, incluso los comarcales, dirán que es usted un peligro público, Norman. El fiscal no tendrá más remedio que volver sobre sus pasos y decretar su prisión.

Norman tenía los ojos cerrados y la cabeza reclinada en el respaldo de piel del asiento. Parecía infinitamente cansado, infinitamente abatido por algo que era superior a él.

—Yo creo otra cosa —susurró al cabo de unos instantes—. Más bien pienso que quieren darme cuerda para que yo mismo me ahorque.

—También es posible. La verdad es que en cuanto a métodos de la policía ni usted ni yo entendemos gran cosa.

—Así es.

—¿Qué va a hacer ahora, Norman?

—Dormir... No puede imaginarse la sensación tan espantosa de sueño que me acomete. Es como si no hubiera descansado nunca... nunca... No sabría explicárselo.

Movió las manos con un gesto brusco. Notó un movimiento instintivo de retroceso en el hombre que estaba ante el volante.

—¿Usted también tiene miedo?

—¿Yo? Pues... Pues...

Norman sonrió cansadamente.

—No lo niegue. Usted también tiene miedo y también piensa que soy una especie de monstruo. Pero no tema, ahora no llueve... Buenas noches, honorable señor director, y gracias por la fianza. Mañana sin falta estaré en el periódico para tratar de escribir un reportaje.

—Bu... Buenas noches.

Norman entró en el portal de su casa, pero antes miró los viejos edificios semiderruidos que estaban situados un poco más allá. La luna

rebrillaba en los pocos cristales que aún quedaban intactos.

Tuvo un estremecimiento, apretando sus grandes puños, y entró lentamente en el portal.

Vio a Jessica allí, quieta en el centro de la pieza, con sus grandes y hermosos ojos muy abiertos.

En los ojos de aquella mujer también había miedo, pero intentaba disimularlo. Posiblemente sabía ya lo ocurrido aquella noche en la casa de la colina, a través del último programa de televisión. Fue por eso por lo que Norman se maravilló tanto al verla allí, quieta, indefensa y sumisa.

—¿Por qué estás aquí? ¿No has ido a la pensión de que te hablé?

—El niño no se sentía bien... He tenido que meterlo en cama.

Norman se llevó dos dedos a los ojos mientras una suave sonrisa flotaba en sus labios.

—El niño... Es extraño cómo suena esa palabra en esta casa. Nunca he tenido hijos, y pensé que ya no los tendría jamás. Sin embargo, es hermoso saber que hay alguien a quién se puede querer y ayudar. ¿Has avisado ya al médico? ¿Es grave?

—No, no lo es. Se trata simplemente de que no he querido que saliera con fiebre de casa. Pero creo que muy pronto se encontrará completamente bien.

—De todos modos sería mejor...

Se interrumpió al notar que ella le miraba fija, muy fijamente.

—Norman...

—¿Qué?

—¿Es cierto... lo que ha dicho la televisión? Supongo que no lo es, porque de lo contrario no estarías en libertad.

El entrecerró los ojos.

—Estoy en libertad bajo fianza.

—Entonces... ¿es cierto?

Una sensación muda, quieta, de horror, pasó por los ojos de Jessica, que, sin embargo, no hizo un movimiento.

—Debes irte —musitó él con un soplo de voz—. Debes irte porque es posible que esta noche llueva otra vez.

—Norman... no te entiendo.

Entre los dos parecía flotar como una sombra densa, muda, que era la sombra de su propio terror. Algo les contraía y les paralizaba los nervios, impidiéndoles moverse.

—Creo que es un peligro que tu hijo y tú estéis aquí.

—Pero... Pero tú en realidad ya nos aprecias...

—Existía una leyenda sobre el lobo humano —dijo él lentamente, recalcando cada una de las sílabas—. El lobo humano era un ser en

apariencia normal, incluso tranquilo y agradable, mientras *aquello* no le ocurría. Pero cuando el diablo se desataba en él, todo era distinto. Entonces el lobo humano, en contra incluso de su voluntad, mataba a aquellos seres a quienes más quería.

—Pero eso... eso nada tiene que ver contigo.

—No —dijo Norman—. Seguramente no, pero lo he recordado no sé por qué.

Seguía mirando a la mujer. Seguía viendo también la luna a través de los cristales y pensando que no llovería. Aquello le tranquilizaba.

—Si vas a pasar la noche aquí enciértrate en tu habitación —dijo—. Tienes una llave.

Y sin decir una palabra más, fue a la biblioteca. Antes de atravesar la puerta se volvió, sin embargo, para preguntar:

—¿Qué más ha dicho la televisión sobre esto?

—Pues, poco más o menos... —Jessica tenía que hacer un esfuerzo terrible para hablar—. Han dado tu nombre, por supuesto. Y han dicho que sobre uno de los cadáveres se descubrió un pelo largo, parecido al que habría en la zarpa de un gorila. Sin embargo, era humano.

Norman levantó sus manos lentamente y se las miró a la luz. Eran demasiado grandes, pero correctas y en cierto modo hermosas, por la sensación de fuerza que daban. Había en ellas el vello normal en las manos de un hombre. Nada más.

Luego dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, sin fuerzas.

—Buenas noches —masculló, mientras cerraba la puerta.

Esperó a oír, pegado ansiosamente a la hoja de madera, cómo ella daba vuelta a la llave por el otro lado.

Luego se tendió, rendido, sobre una manta.

Antes del amanecer la luna se ocultó de nuevo y sobre los tejados de San Luis volvió a llover lentamente.

DOCE

Por la mañana, cuando amaneció, había dejado de llover, pero una suave neblina flotaba aún sobre el río.

Y por los cristales de las ventanas aún resbalaban las gotas lentamente, muy lentamente, hacia los alféizares.

Empezaban a vislumbrarse las primeras luces del alba cuando Jessica despertó de repente, con una extraña sensación, y vio aquellas gotas. Maquinalmente susurró:

—Todavía llueve...

Luego se dio cuenta de que el horizonte iba enrojeciendo, lo que indicaba que saldría el sol. Aunque no supo muy bien por qué, esto la alivió infinitamente. Luego miró a su hijo.

El pequeño dormía con esa confianza que dan los pocos años. El niño hubiera dormido incluso al borde de un volcán. Su madre le besó en la frente y vio que ya no tenía fiebre.

Suspiró, tranquilizada, porque pensó que aquella misma mañana ya podrían marchar de allí. No temía por ella, sino únicamente por su hijo.

Fue entonces, precisamente al sentirse más aliviada, cuando oyó aquel leve chasquido.

Era una cosa suave, inconcreta, que parecía no llegar de ninguna parte. Jessica paseó sus ojos por la habitación, semiparalizada por el estupor, y entonces vio que el pomo de la puerta se movía.

Era la puerta que daba a la biblioteca, el lugar donde se encontraba Norman.

Jessica sintió que le faltaba el aire, mientras sus ojos desorbitados miraban aquel pomo que se movía despacio, muy despacio, como si alguien estuviera tanteando la cerradura.

¿Por qué no llamaba Norman claramente, si quería entrar? ¿Por qué no hacía girar la cerradura de un modo natural, en lugar de tantearla con tanto cuidado *igual que si no la conociera*?

¿O tal vez deseaba abrirla sin hacer ruido?

Una fría sensación de horror se apoderó de Jessica, que sintió cómo sus dientes se ponían a castañetear bruscamente.

Sin embargo, reaccionó porque pensó que en todo aquello no había nada de tenebroso. Simplemente ocurría que Norman quería entrar.

Se acercó a la puerta y sostuvo el pomo con su mano derecha.

Notó que desde el otro lado lo hacían girar lentamente, pero con una terrible fuerza.

No pudo resistirlo.

A pesar de sujetar el pomo con ambas manos, la persona que estaba al otro lado de la puerta tenía más fuerza que ella, mucha más fuerza. Era como una máquina ciega, potente, que pudiera derribarle todo. Jessica contuvo en su garganta un grito de horror.

Pero aún quiso hacer la última prueba.

—Norman... —llamó—. Norman...

No le contestó nadie.

—Norman...

Un gruñido ininteligible, muy leve, fue todo lo que escuchó al otro lado de la puerta.

Fue entonces cuando el miedo, como una cosa metálica, poderosa, punzante, penetró en su piel, hasta el fondo mismo de su carne.

Jessica sintió que el grito ya estaba en su garganta, en su boca, pero lo contuvo en el último segundo porque la inmovilizó el pensamiento supremo de su propio hijo. Si ella gritaba, el niño se asustaría, sería un impacto terrible para él. Quién sabe, además, si aquello irritaría al monstruo...

¿El monstruo? ¿Por qué pensaba eso? ¿Qué motivo tenía ella para pensar de Norman algo tan terrible?

Lentamente, mirando la puerta como si esta fuera una serpiente de la que se estuviese alejando poco a poco, retrocedió hasta la cama. La luz del amanecer hizo más clara entonces, penetrando como una bendición hasta el fondo de la pieza y disipando las tinieblas igual que si un cuchillo las rasgara. Fue en ese momento cuando el pomo, con un último «clic» muy suave, dejó de moverse.

Norman estaba sentado en una de las sillas de la pequeña biblioteca, mirando sus manos.

Estas le pesaban como si fueran de plomo, como si hubieran alcanzado dos veces su tamaño normal. Sin embargo, no era lo que más preocupaba a Norman. No, no era eso.

Lo que le preocupaba era saber por qué estaba allí. El recordaba perfectamente haberse acostado sobre una de las alfombras y envuelto en una manta. De pronto se veía sentado, mirándose las manos, y no recordaba lo que había sucedido entre ambas cosas. ¿Por qué estaba allí? ¿Es que se había despertado a medias, sentándose entonces en la silla, antes de recuperar del todo los sentidos? ¿O es que había sucedido algo importante, definitivo, mientras él creyó dormir?

Se miró las manos otra vez.

No sucedía nada con ellas. Sus manos eran normales. Lo único que ocurría era que le pesaban como si fuesen de plomo.

Parecían cargadas de humedad.

Contempló la ventana y vio que llevaba ya un buen rato amaneciendo. El sol entraba hasta el fondo de la biblioteca. Por los cristales, sin embargo, resbalaban todavía algunas gruesas gotas de lluvia.

Parecía como si hubiese estado lloviendo durante toda la noche anterior.

Se puso entonces en pie, y se asomó por la ventana abierta. ¿Cuál era la causa de que aquella ventana no estuviera cerrada? No podía recordarlo. Quizá la había abierto él, quizá se había abierto sola, en un golpe de viento. Pero eso no tenía importancia.

Fue al cuarto de baño, se dio una ducha fría y luego se afeitó con la maquinilla eléctrica, vistiéndose bien a continuación. Hecho esto llamó con la mayor naturalidad en la puerta tras la cual se encontraban Jessica y el niño.

Oyó girar la llave al otro lado de la cerradura. La puerta se abrió lentamente.

Una Jessica con los ojos muy abiertos y los labios apretados, una Jessica que parecía muda de horror apareció a dos pasos de él.

—Norman...

—Hola, Jessica. ¿Cómo has descansado?

Ella tragó saliva. Se notó el movimiento casi convulso de su garganta.

—Bien. Su... Supongo que bien.

—¿Y el niño?

—No tiene fiebre.

—Magnífico. Entonces podréis ir a la pensión que te dije. Os acompañaré yo mismo.

—Como quieras, pero...

—Pero, ¿qué?

—No quisiera que hicieses ningún sacrificio por nosotros. Te pagaré hasta el último céntimo.

—¿Quién habla de eso ahora? Ya supongo que me pagarás, pero no te preocupes. No me falta dinero, afortunadamente.

Entró en la habitación y miró al niño, que se despertaba en aquel momento. El pequeño Nick le sonrió.

—¿Cómo hemos descansado, pillete?

—Bien...

Nick se desperezaba. Llevaba la camiseta demasiado corta y por debajo asomaba, entre las ropas, su vientre infantil. Norman sintió un súbito impulso de ternura.

—¿Me dejas que te dé un beso?

—Claro que sí...

Norman besó al pequeño, que reía. Notó que su madre cerraba los ojos.

—Muy bien. Ahora te arreglarás y nos iremos a desayunar.

—¿Cómo el otro día?

—Como el otro día.

Jessica se acercó. Ella ya estaba vestida.

—Si me permites que me lleve al niño...

—Sí, naturalmente...

Con Nick en los brazos, Jessica entró en el cuarto de baño. Encendió la luz, y de repente se detuvo como si su rostro hubiera tropezado con la fría mano del horror.

Instantáneamente lo que habían dicho por televisión la noche anterior le vino a la memoria.

Porque en el suelo se veía un cabello que no era normal, que no parecía humano...

★ ★ ★

Norman encendió un cigarrillo.

—¿Por qué estás tan pálida, Jessica?

—Por nada... No ocurre nada.

—Yo tengo la sensación de que sí...

De pronto el movimiento de Norman se detuvo, cuando iba a arrojar el fósforo.

—¿Por qué miras así mis manos?

—¿Tus... manos?

—Sí. Parece que las mirabas... como si no fueran mías.

—No las miraba. Estás equivocado.

—Tal vez... Bueno, no hablemos más de esto. ¿Por qué no nos vamos ya? El pequeño debe tener apetito...

—Sí, desde luego.

A Jessica le temblaba todo el cuerpo cuando salieron de la casa, aunque, haciendo acopio de toda su serenidad y sentido común, logró disimularlo.

En la calle imperaba un extraño silencio.

Era un silencio que no resultaba real, que en cierto modo no era siquiera posible, pese a lo temprano de la hora. No circulaba un vehículo, no circulaba una sola persona. Era como sí, de repente, todo hubiese muerto, como si una monstruosa bomba atómica hubiera eliminado a todo el mundo, dejando enteros los edificios.

Jessica recordó que había visto una película así, una película que no olvidaría nunca.

Norman musitó:

—¡Qué raro!

De pronto vieron surgir aquel grupo del otro lado de la calle. Era un grupo compuesto por cinco personas, tres de ellas policías. Sus uniformes azules parecían fantasmales bajo la neblina.

Acababan de salir de una de las casas deshabitadas que había cerca de

aquella en que vivía Norman.

Casas viejas, esqueléticas, en las que aún quedaba algún cristal que brillaba al sol naciente. Las piedras grises parecían también jirones de niebla.

—¿Qué puede ocurrir? —preguntó Jessica con un soplo de voz.

—No lo sé. Esas casas están oficialmente declaradas en estado de ruina. Puede haber ocurrido un accidente.

—Eso parece más grave aún.

—¿Lo dices por la policía?

—Sí... Parece como si esos hombres estuvieran dispuestos a saltar sobre alguien. ¡Dios santo...! ¿Por qué miran hacia aquí?

En efecto, los tres hombres uniformados de azul tenían los ojos clavados en Norman. Los puños del sargento que los mandaba se apretaron. Hubo en su rostro una mueca extraña y espantosa a la vez.

Y de pronto aquella cosa increíble ocurrió.

El sargento echó a correr hacia Norman, seguido de sus hombres, mientras los tres desenfundaban sus armas.

Norman dio un empujón a Jessica y al niño para que, en caso de haber disparos, las balas no les alcanzasen. Luego arqueó las piernas, como si se dispusieran a saltar.

La voz del policía rasgó las capas de niebla.

—¡Quieto, maldito asesino! ¡Quieto o te abraso!

TRECE

Las armas rebrillaban en las manos de los policías.

Norman Seik tuvo un momento de indecisión, como sí, después de haber derribado a Jessica, no supiera si huir o entregarse. Pero aquella vacilación duró muy poco.

Inmediatamente saltó de costado, corriendo hacia una valla de madera que delimitaba los edificios ruinosos.

El sargento volvió a aullar:

—¡Quieto, maldito asesino! ¡Quieto o te abraso!

Seik le oyó, pero no se detuvo. Al contrario, corrió hacia la valla con más rapidez que antes, con una rapidez que dejó a los policías un poco perplejos, pues no la esperaban en un hombre que se pasaba la mayor parte del día sentado en una silla, ante la máquina de escribir. El sargento fue el primero en reaccionar.

Pese a saber que aquello iba contra la Ley, tiró a matar desde el primer instante.

Su revólver vomitó plomo tres veces hacia la figura del fugitivo, justo en el momento en que este saltaba la valla con una agilidad que hubiera envidiado un verdadero atleta.

El policía debía estar nervioso, porque las balas no dieron en el blanco. Solo la última de ellas hizo un agujero en una de las hombreras de la americana de Norman. Este cayó al suelo entre cascotes, escombros y desperdicios que la gente había ido lanzando al otro lado de la valla.

Ahora esta le cubría a los ojos de sus perseguidores, que no se atreverían a disparar a ciegas, atravesando la valla con sus balas, por si tras esta se encontraba alguna otra persona. Pero llegarían en cuestión de segundos. Era preciso saltar otra vez.

Apenas a veinte metros había un hoyo que comunicaba con el viejo alcantarillado de una casa en ruinas. Norman pensó que si llegaba a aquel hoyo, podía considerarse provisionalmente a salvo. Pero ¿podría llegar en solo unos segundos?

Saltó y echó a correr a toda la velocidad posible mientras el primero de los policías llegaba junto a la valla.

Este no era el sargento, y no se atrevió a disparar al cuerpo. Tiró un poco por encima de la cabeza del fugitivo.

Norman saltó al hoyo mientras sentía el pitido trágico de la bala. Dio una vuelta sobre sí mismo.

Los policías saltaron la valla también y empezaron a correr por entre los cascotes.

Norman vio un largo túnel que llevaba directamente a las casas en ruinas. Estas ocupaban un lado y otro de la calle y formaban un verdadero laberinto.

Sus pies se hundieron en medio palmo de agua cenagosa, pero siguió corriendo con todas sus fuerzas.

El conocía aquel barrio mejor que los policías, pues llevaba mucho tiempo viviendo allí. Por entre escaleras semicarcomidas y saltando a través de ventanas desvencijadas fue de una casa a otra hasta encontrar una buhardilla de difícil acceso y que quedaba oculta por una serie de escaleras en ruinas. Allí se ocultó, jadeando, mientras oía bajo sus pies las voces airadas de los policías.

—Parece como si se lo hubiera tragado la tierra, sargento. No ha dejado ni huellas.

—¡Si le veis tirad a matar!

—No podrá salir de la zona de ruinas, de todos modos. ¿Y si pedimos refuerzos para acordonar el barrio?

—Sí... —la voz del sargento sonaba de mala gana—. Eso será lo más razonable. Volvamos.

Los agentes regresaron pocos minutos después para encontrarse al otro lado de la valla con un pequeño grupo de madrugadores que les miraban atónitos. Los más asombrados de aquel grupo parecían una mujer y un niño.

Nick, a pesar de la inocencia de sus tres años, se había dado cuenta ya de todo. Y lloraba. La sinceridad de su llanto daba una nota patética a la mañana gris y cargada de una niebla que el sol no había pedido disolver todavía.

—Pero, ¿qué ha ocurrido? —musitó Jessica—. ¿Por qué perseguían a ese hombre? ¿Por qué han tirado a matar sobre él?

El sargento la miró fijamente, con una chispita de rencor en sus ojos.

—Ha asesinado a una muchacha hace apenas un par de horas. ¿Le parece poco?

★ ★ ★

Los camilleros la llevaban como si transportaran un objeto que pudiera romperse. Cuidadosamente, con una delicadeza que no era usual, la llevaron en la ambulancia al depósito de cadáveres. Allí vieron con pena cómo las manos burdas del auxiliar forense empezaban a desnudar el cuerpo de la muchacha.

Esta llevaba ropa interior fina y llamativa. Tan fina y llamativa que hacía pensar en que se tratase de una profesional del amor.

El ayudante arrojó a un lado el vestido, los zapatos y las medias, componiendo con ello un montón informe que hubiera dado pena a cualquiera menos a los herméticos policías.

—¿Quién era?

—Aquí están los documentos. Se llamaba Marcia Gray.

—¿Y qué?

—En la profesión dice que era camarera.

Uno de los policías adelantó dos pasos.

—Yo la recuerdo. Esta mujer había pasado por el Precinto alguna vez. Cualquiera podía pasar el rato con ella por solo unos dólares. Lástima, porque era muy joven.

—¿Causa de la muerte?

El forense llegó en aquel momento, husmeando el cadáver como si se tratase de una mercancía.

—Ha sido salvaje. Le han retorcido el cuello, rompiéndole la columna vertebral. Si por un milagro hubiese vivido, habría resultado mucho peor. Hubiera estado como metida en su propio ataúd, sin poder mover un dedo.

—Pero esta chica tendría unos veintitrés años, ¿verdad?

—Más o menos.

—A esa edad se tiene fuerza y energías. Para romperle el cuello se habrá necesitado la fuerza de un monstruo.

—Es que solo un monstruo ha podido matarla.

Las palabras quedaron como flotando en el aire durante unos instantes. «Solo un monstruo ha podido matarla». Se oyó el «clac» de las mandíbulas de un policía al encajarse bruscamente.

—¡Hay que dar con Norman Seik! ¡Hay que dar con él como sea!

Los uniformes azules de los policías salieron poco a poco del depósito de cadáveres, como en una procesión macabra.

★ ★ ★

Norman hizo un rápido cálculo de probabilidades, mientras miraba en torno suyo. Trató de pensar cuántas posibilidades había de que los agentes le capturaran antes de la noche.

Posiblemente no existían ya planos de aquellas ruinas que el Municipio iba demoliendo con rapidez, para el trazado de las nuevas calles. Les sería imposible a los agentes saber si aquí o allá existía aún una buhardilla, a menos que trajeran a los antiguos vecinos, cosa impracticable.

La policía se vería obligada a registrar aquello palmo a palmo, y en esa tarea consumiría largas horas. Si tenía suerte y no daban con la buhardilla, podría muy bien ser que estuviera libre al caer la noche.

Y entonces habría llegado el momento de huir.

Con todos los nervios en tensión, sin moverse más allá de una zona de dos metros cuadrados, Norman vio por un hueco de la pared llegar cuatro coches patrulleros repletos de policías. Todos se distribuyeron, acordonando la zona; pero no fue eso lo peor.

Lo peor era que venían perros con ellos.

Los perros fueron llevados astutamente a la casa de Norman, para que oliesen los objetos personales de este, y luego dejados en libertad por entre las ruinas. Inmediatamente todos se pusieron a olisquear, y Norman se consideró perdido.

Los perros llegarían hasta allí. Ellos conseguirían lo que los policías no hubieran podido ni intentar siquiera.

Expectante, sin atreverse a respirar siquiera, aguardó.

Sin embargo, sucedió algo extraño.

Los perros, que al principio parecían muy seguros, fueron dispersándose al cabo de unos instantes. Durante largo rato vagaron por entre las ruinas como si alguien los hubiera emborrachado. Los policías que iban tras ellos empezaron a ponerse nerviosos.

—¡Se han vuelto locos!

—¡Alguien habrá derramado pimienta para hacerles perder el olfato!

—¡Pero qué pimienta ni qué cuernos! ¡Aquel tío corría que se las pelaba! ¿Tú crees que encima ha podido entretenerse en tirar pimienta con un salero?

—¡Pues algo les pasa a los perros!

Desde luego, parecían confundidos. Tan pronto empezaban a seguir con certeza una pista como la perdían. El oficial que dirigía la búsqueda, perdió la paciencia.

—¡Al diablo con esos chuchos espanta-ratas! ¿Para qué sirven? ¡No han hecho más que perder el tiempo! ¡Llévenselos y busquen paso a paso por entre las ruinas! ¡Tiene que estar aquí!

Norman Seik no se movió. Durante horas y horas creció su horror al mismo tiempo que crecía su esperanza. Durante horas y horas oyó los pasos de los policías, muchas veces debajo mismo de sus pies, mientras el cielo se volvía negro y las nubes que el río parecía arrastrar desde el norte amenazaban nuevamente lluvia.

Por fin, cuando las sombras ya habían caído definitivamente, oyó pasos que se dirigían en línea recta hacia él.

CATORCE

No eran unos pasos como los otros.

Durante todo el día, Norman había estado oyendo a los policías, y por eso notó ahora la diferencia con tanta claridad. Estos pasos eran más frágiles, más delicados, más suaves. En definitiva, y aunque resultara difícil creerlo... ¡eran unos pasos de mujer!

Todos los sentidos de Norman se pusieron alerta.

Una mujer allí... Pero ¿quién?

Las nubes que llegaban desde el norte se rompieron entonces con un trueno. El agua cayó casi a chorro, de repente, sobre los tejados en ruinas. Por las ventanas sin cristales empezó a penetrar la lluvia. Las puertas desvencijadas crujieron, y por las grietas de las paredes empezó a silbar el viento.

Norman lo notó de una forma clara, como uno va notando que le acercan un objeto a la piel.

Sus manos captaban la humedad. La captaban y la hacían suya. Parecían pesar, hacerse más anchas, más grandes.

Empezó a respirar con fatiga, con angustia, al reconocer a la mujer.

Aquella mujer era Jessica.

★ ★ ★

Norman susurró:

—¡Vete! ¡No avances un paso más! ¡Vete!

Pero ella ya estaba allí. Jessica ya estaba allí con su vestido medio roto a causa de haberse arrastrado con él por entre las ruinas, con sus ropas desordenadas y con aquella mirada en la que Norman supo ver algo que no había visto nunca.

—Hola, Norman.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Me lo ha indicado mi hijo.

—¿Qué dices? ¿Estás loca?

—Desde la ventana de tu cuarto él estaba mirando las ruinas. Y de pronto ha dicho: «Me gustaría ir a jugar a aquel sitio». He visto a través de la distancia esta buhardilla medio derruida y que parece ir a caerse de un momento a otro. Parecía tan difícil llegar hasta ella que nadie podía pensar que estuvieras aquí. Y de pronto he comprendido.

—Pero, ¿cómo has podido llegar hasta aquí?

—Yo soy muy ágil.

—¿Y no te han visto los policías?

—No. Aunque tienen acordonada la zona, una de tus ventanas da directamente sobre estas ruinas. Al hacerse de noche van desorientados. Están buscando en los sótanos, no concibiendo que desde el primer momento te hayas ocultado aquí.

—¿Y no te han detenido ni sometido a interrogatorio? Al fin y al cabo parecías mi cómplice.

—No, no lo han hecho.

—Es extraño.

—Ya han podido darse cuenta de que ni mi hijo ni yo hemos cometido ninguna clase de crimen.

En la oscuridad, Norman Seik sentía sus manos duras, grandes y pesadas como dos piedras.

—Muy bien, Jessica. No te pregunto por qué has venido aquí, pero eres una loca al haberlo hecho. Ahora vete.

—Norman...

La voz de la mujer temblaba en la oscuridad. Era como una extraña, suave y lejana caricia.

—Norman —susurró—, yo creo en ti.

—¿Qué crees —musitó él amargamente—, que no he sido yo quien ha matado a esa pobre muchacha?

Jessica sintió que se le erizaba la piel de la espalda.

—¿Cómo sabes que es una muchacha? La policía lo dijo bastante después de haber desaparecido tú.

—Llevaba un vestido azul pálido.

A Jessica se le contrajo la garganta de tal modo que le fue imposible respirar.

—Sí —dijo dificultosamente al fin—. Yo vi cómo sacaban el cadáver. Llevaba un vestido azul pálido.

—¿Y aún crees que no la he matado yo?

Jessica sabía que la había matado él. *Lo sabía*. Pero una fuerza que no parecía provenir de ella misma la retenía allí, mantenía sus pies clavados en el suelo aunque su deseo hubiera sido gritar y salir de allí a toda la velocidad de sus piernas.

—De todos modos, Norman —dijo con un soplo de voz—, tú eres bueno. Tú ayudas a todo el mundo, tú te conmueves ante un niño. Yo sé que aún puedes salvarte, que aún se puede creer en ti.

—Vete, Jessica.

—¿Cómo es posible que cambies de tal modo? ¿Qué es lo que te ocurre en las noches de lluvia? Porque tú eres bueno, Norman...

—Mi antepasado, del que ya te hablé, también lo era. Y sin embargo...

—Pero, ¿tú no habías sentido eso nunca antes de ahora?

—No, nunca. Y he estado recordando lo que decían los periódicos. Él también empezó a matar a esta edad.

—¡Pero eso es absurdo, Norman! ¡Debes luchar contra esa creencia que te domina! ¡Un recuerdo, una orden, un mandato no pueden transmitirse a través de las generaciones!

—¿No?

La voz de Norman había sido burlona, pero amarga.

—¡No!

—Tú misma, cuando eras una niña, sentías algo que tus antepasados habían sentido hace millones de años —dijo lenta y amargamente.

—No te comprendo. Eso es absurdo...

—¿Absurdo? ¡Con qué facilidad los hombres y las mujeres empleamos esa palabra! —dijo lentamente Norman, sin moverse—. Cuando no podemos comprender las cosas, decimos que son absurdas y nos quedamos tan tranquilos, hasta que las cosas que hemos olvidado nos acorralan y nos vencen. Pero esto lo comprenderás enseguida. Cuando eras niña, ¿no soñabas muchas veces que estabas cayendo de un abismo y hasta te despertabas llena de horror?

—Sí...

—¿No soñabas que volabas por el vacío, sin saber exactamente a dónde, y una sensación de angustia te inundaba entonces el corazón?



—Queda libre para seguir cometiendo crímenes

—Sí... Muchas veces.

—Es que entonces volvía a ti la misma sensación que tuvieron los primeros hombres hace más de un millón de años, cuando sus pies eran prensiles, igual que los de los monos, y de la misma forma que estos saltaban de rama en rama. En el espíritu de los niños, que está limpio aún de toda sensación terrena y de todo sentido crítico, esas sensaciones anidan con toda su pureza. Las personas mayores no llegamos a soñar eso porque enseguida nuestro subconsciente nos advierte que es falso. Pero está científicamente admitido que esas sensaciones angustiosas de los sueños de los niños nos han sido transmitidas, a través de las generaciones, desde aquella remota época.

Guardó silencio unos instantes y prosiguió, todavía sin moverse:

—¿Te extraña aún que algo que uno de mis antepasados tuvo hace ochenta años haya llegado hasta mí? ¿Qué son ochenta años en el curso absoluto del tiempo? ¿Te extraña que si él mató... yo también necesite matar?

Jessica estaba quieta, sola e indefensa ante él. Sabía que él podía destrozarla con solo dos gestos; sin embargo, algo la retenía allí aun en contra de su voluntad.

—Pero aún puedes salvarte —dijo tenazmente—. Tú eres bueno siempre, excepto en determinados minutos que no deben marcar tu vida entera. Yo sé que puedo creer en ti.

—Eres la mujer más buena que he conocido, Jessica.

—Yo sé que no lo soy. Pero estoy aquí porque tú eres el único hombre que me ha ayudado sin pedirme nada.

—Y yo te pido que te vayas, Jessica... porque eres la única mujer a la que he llegado a querer.

—Entonces sé que no corro peligro a tu lado.

—Al contrario. Te hablé una vez del lobo humano. Te dije que mataba antes a las personas a las que más quería.

—Pero ¿tú qué sientes, Norman? ¡Dios mío! ¿Qué sientes?

—Cuando empieza la lluvia parece como si mis manos la sintieran en la sangre, como si captaran toda la humedad del aire. Luego me pesan, parecen más grandes. Y siento horror, pero al mismo tiempo también una alegría muy grande cuando algo me obliga a luchar. Fue esa alegría la que sentí ante aquel loco, ante Percy. Luego pierdo la noción de todo. Mis ojos no ven, se nublan... Debo sentir lo mismo que sentía él.

Jessica se retorció los dedos desesperadamente, con angustia, sintiendo que la lucha entre el amor y el miedo destruía sus nervios.

—Debes entregarte a la policía. Ellos te curarán...

—¿La policía?

Norman se puso en pie lentamente, sin darse cuenta. Su cabeza le

zumbaba. Sentía en él la lluvia, la maldita y eterna lluvia...

—¿De modo que quieres que me entregue?

Ya no veía, ya no sabía apenas dónde estaba. Navegaba como entre sueños, como entre niebla. Jessica sintió que unas manos enormes apretaban su garganta, que la retorcían...

Susurró:

—¡Dios mío!

Y en aquel momento unas voces potentes y metálicas gritaron bajo las escaleras:

—¡Ya está ahí, muchachos! ¡Ha caído en la trampa! ¡Arriba!

QUINCE

Norman se dio cuenta de que estaba acorralado. Era la policía. ¡Los tenía allí, bajo sus pies! ¡No había escapatoria!

Jessica lanzó un sordo gemido.

—¡Me estaban vigilando! ¡Ahora comprendo por qué no me detuvieron antes! ¡Estaban esperando que yo misma me moviera y les diese la pista!

Norman lo comprendió también. Se dijo que en realidad debió haberlo adivinado antes; la policía no era tan tonta. Pero ya era tarde para palabras e incluso para pensamientos.

—Lo siento por ti, muchacha —susurró—. Ahora te acusarán de complicidad.

—No importa... Yo te quiero, Norman. ¡Te quiero!

—Solo puedo jurarte —musitó él— que de mis labios no saldrá una sola palabra que te comprometa.

Las pisadas de los policías se oían ya en los últimos peldaños. No habían llegado hasta allí aún porque tenían que avanzar con precaución, a causa del pésimo estado de las escaleras, que colgaban en muchos trozos. Pero era una simple cuestión de minutos.

—Debes entregarte —gimió Jessica—. Debes entregarte ahora...

—Hay algo que no entiendo aún, y debo aclararlo. Pero sé que en la cárcel no lo resolveré...

Norman se descolgó por la única ventana. Sus músculos jugaron a la perfección cuando quedó oscilando en el vacío, pendiente de un alféizar de madera vieja que crujía sordamente.

Miró hacia abajo.

Un metro más allá había un saliente que ofrecía escasa seguridad, pero al que podía sujetarse. Norman se dejó caer.

Sus dedos casi se rompieron cuando logró sujetar los ladrillos, balanceándose en el vacío.

Mientras, cuatro agentes armados irrumpían en la buhardilla.

—¿Dónde está?

—¿Dónde se ha metido ese buitre?

Jessica no contestó. Uno de los policías se asomó a la ventana, mirando hacia abajo.

—¡Ahí está!

Hizo fuego en el momento en que Norman se dejaba caer.

Sus pies chocaron con un pedazo de escalera que salía por una de las grietas. Perdió el equilibrio, cayó y logró sujetarse en el último momento, mientras la bala silbaba cerca de su cabeza.

La misma escalera de la que estaba colgado le cubrió a la vista del policía que oteaba desde la ventana.

Este gruñó:

—No le veo... ¡Maldita lluvia! ¡Esto está más oscuro que un túnel!

—¡Vamos! ¡Hay que volver atrás!

—Pero, ¿por qué diablos...?

—Le tirotearemos mejor desde una de las ventanas inferiores. ¡Hay que avisar a los de abajo!

El que estaba en la ventana gruñó:

—A mí no se me escapa. ¡Bajad vosotros!

Los tres agentes descendieron con cuidado, llevándose a Jessica, que no opuso ninguna resistencia. Estaba tan anonadada, tan vencida y tan sumisa como una niña sola en el mundo. Ni siquiera se dio cuenta de que iba a caer por un trecho roto. Uno de los policías logró sujetarla en el último instante.

—¿Está loca?

Jessica se encogió de hombros maquinalmente.

—¿Qué más da?

Vio que abajo, al pie de las ruinas, había cuatro policías más, con las armas dispuestas. Norman Seik podía considerarse acorralado.

Mientras tanto, el agente que había quedado solo en la buhardilla decidió efectuar la captura sin ayuda de nadie.

Era ágil y fuerte, y siguió el mismo camino de Norman. Primero se sujetó al pedazo de alféizar, luego al saliente de ladrillos y por fin saltó hacia la escalera.

Estaba absolutamente seguro de encontrar a Norman allí. No podía haber saltado a ningún otro sitio.

Pero las ruinas eran enormes y muy complicadas.

Vistas desde el aire hubieran causado el efecto de un laberinto.

Norman, basculando desde la escalera, había tomado impulso para saltar hasta la parte superior de un muro que estaba tres metros más allá. Sus pies lograron tocar los ladrillos y vaciló, a punto de caer, pero logró mantener un difícil equilibrio a más de quince metros de altura sobre los cascotes.

El muro mismo amenazaba derrumbarse. Cada vez que él movía los pies, parecía como si la pared entera temblase.

Igual que un equilibrista, Norman fue avanzando poco a poco hacia otro edificio cuyos muros podía ver a unos quince metros, entre la semioscuridad cargada de niebla.

Pensó que el policía que ahora estaba colgado de la escalera no se atrevería a seguirle hasta allí, pero se equivocaba.

El otro era joven, fuerte y quería hacer méritos pronto. Basculó también, como había hecho Norman, y saltó por el mismo sitio.

por tuvo tanta suerte, porque sus pies se negaron a sostenerle sobre el borde de ladrillos del muro. Sin embargo, al caer, logró sujetarse a la pared y luego trepar por ella.

Norman estaba a unos diez metros, y seguía avanzando hacia el otro edificio como un equilibrista.

El policía intentó sacar de nuevo el revólver y disparar sobre él, pero se dio cuenta, cuando estuvo a punto de caer otra vez, de que necesitaba sus dos manos para ponerse de pie sobre el borde del muro.

Cuando lo consiguió, empezó a caminar a su vez lentamente, con los brazos extendidos a manera de contrapeso.

Ninguno de los policías que estaban abajo, rodeando las ruinas, les habían visto a causa de la semioscuridad. El agente estuvo a punto de gritar para que le ayudaran, pero en el último momento pensó que un triunfo sería mucho más brillante si lo lograba solo.

Pudo ver que el muro ascendía al llegar al otro edificio. Advirtió que desde él podía llegarse a una ventana sin cristales, por la que era fácil introducirse.

Norman se dirigía hacia allí.

Mientras tanto, los demás agentes habían llegado ya al nivel del suelo sin haber vuelto a ver a Norman.

—No lo entiendo —gruñó uno—. Él iba descendiendo. ¡Tenía que estar aquí!

Los que rodeaban el edificio tampoco lo comprendían.

—No lo hemos visto y tampoco lo hemos oído saltar. ¡Además esto está oscuro como un pozo!

—¡Debíamos haber traído proyectores! ¡Todo por la manía de que los preparativos no nos delataran!

Sus ojos parecieron escrutar el horizonte de ruinas. La mirada de Jessica se fijó en la pared, y los ojos de los policías la siguieron.

—¡Aquel muro! ¡Ha tenido que llegar hasta allí!

—¡No es posible! ¡Hay mucha distancia!

—¡Pero también puede haber algún saliente que le haya servido para bascular! ¡Él es joven y fuerte! ¡Puede haberlo conseguido!

Un inspector que llevaba el sombrero calado hasta las orejas fue el primero en avanzar, pistola en mano.

—Vamos.

Todos le siguieron por entre los cascotes, incluso la misma Jessica, a la cual uno de los agentes sostenía por el codo. El muro terminaba unos veinte metros más allá, aunque entre las ruinas ese espacio se hizo interminable. Cuando casi estaban al pie del muro, vieron por fin las dos figuras que avanzaban por su borde.

Estaban ahora separadas por unos diez metros.

Norman iba a alcanzar ya la ventana.

—¡Es George! —gritó el inspector, al reconocer al agente—. ¡Va a matarse si sigue por ahí!

—Ya no se matará si ha llegado hasta ese sitio —dijo otro de los policías—. Creo que va a alcanzarlo.

El inspector levantó su arma.

—Mejor será que no dispare —le aconsejó el policía que estaba a su lado—. Cualquier movimiento en falso de George podría hacer que quedase herido él. ¿Por qué no entramos en la casa?

Era verdad. Resultaba mucho más sencillo entrar en la casa por una de cuyas ventanas iba a penetrar Norman.

Pero el inspector levantó el brazo izquierdo.

—¡Esperen! ¡Va a alcanzarle!

En efecto, George había corrido sobre el muro, exponiéndose a caer, pero consiguiendo al fin mantenerse en pie y llegar junto a la ventana en el momento en que Norman penetraba por ella.

Los dos saltaron hacia el interior casi a la vez.

El inspector gritó:

—¡Quietos!

Se produjo un minuto de tenso, de angustioso silencio, mientras la niebla les envolvía y oían a los dos hombres luchando junto a la ventana.

Fue entonces cuando se oyó aquel alarido.

Un alarido horrible, lacerante, que pareció llenar la noche.

Y Jessica se dio cuenta de que otro alarido partía de su propia garganta.

Porque acababa de ver a George, el policía, caer desde la ventana convertido en un guiñapo.

DIECISÉIS

A veces en un segundo las más espesas tinieblas se desgarran, a veces en una fracción ínfima de tiempo se comprende todo.

Y Norman lo comprendió. Todo.

TODO.

Lo comprendió al saltar por la ventana y ver allí a aquel hombre que parecía aguardarles. Lo comprendió al ver sus ropas semidestrozadas, su barba salvaje, sus larguísimos cabellos. Lo comprendió al ver sus manos tan grandes y poderosas como las de un gigante.

Con las facciones desencajadas, el hombre los miró a los dos. Al policía y a él.

Luego lanzó un rugido, y sus manos poderosas sujetaron al policía como se sujeta a un muñeco. Le golpeó la cabeza contra la base de la ventana, sin que Norman pudiera evitarlo, y luego lo arrojó al vacío mientras el policía lanzaba su último grito, su macabra despedida de este mundo.

Quizá al golpearle contra la ventana le había fracturado ya la base del cráneo, pero además era seguro que ya no viviría en cuanto chocase contra el suelo.

Norman, con las facciones desencajadas, se dio cuenta de aquello. Había muerto un representante de la Ley. Se había cometido algo que llevaba en línea recta a la silla eléctrica.

Solo que aquello no lo había cometido él.

Ni aquello ni lo otro. Ni el asesinato de la pobre muchacha hallada entre las ruinas. Ni la muerte de Percy.

Al ver a la figura que tenía frente a sí, su memoria le hizo retroceder al momento en que, en un bar de estibadores, un grupo de estos estaban golpeando a un ser deforme, barbudo, casi monstruoso, que parecía arrancado de una película de terror. Su memoria le hizo recordar que él lo había defendido, que lo había lavado junto al río, que lo había tenido en su casa, para que se repusiera, durante toda una noche.

Había sido él.

El vivía entre las ruinas y penetraba a veces en su casa, la de Norman, porque ya la conocía. Porque era la única casa donde cierta vez encontró un amigo. Porque aquel loco había necesitado, en ciertos momentos, buscar protección como la buscan los niños.

Norman vio los ojos del monstruo. Denotaban gratitud.

Él, el propio Norman, era la única persona a la que aquel monstruo respetaría. Le había salvado la vida, incluso, cuando Percy entró en su dormitorio dispuesto a matarle. Debía haber entrado muchas noches en su

biblioteca mientras él dormía. ¡Le había salvado también cuando estuvieron a punto de asesinarlo en la casa de la colina!

Pero Norman aún se negaba a creerlo. Todavía sus labios susurraron:

—No es posible...

El monstruo le sonrió. Tenía una sonrisa extraña, áspera. Norman se dijo de qué manicomio habría huido tiempo atrás, cuando él lo encontró en el bar de los estibadores, cerca del río.

Ahora comprendía la desorientación de los perros. Habían captado el valor de dos personas distintas.

Con voz ronca, que no le pareció la suya, dijo:

—La policía va a venir. Tienes que entregarte... Ellos te llevarán a un sitio donde estarás cuidado, limpio...

Era lo mismo que Jessica le había aconsejado a él, cuando Jessica creía que era un asesino. Realmente no podía darse un consejo mejor, pero advirtió que el otro no lo entendía.

Los ojos del loco brillaron peligrosamente.

—La policía... —balbució.

—No te harán daño. Debes creerme, son los únicos que pueden ayudarte. ¡No se atreverán a hacerte daño!

—¡La policía no! —gritó el loco—. ¡Noooo...!

Algún viejo terror asomó a sus pupilas, a sus manos. Estas, convertidas en garras, fueron hacia el cuello de Norman. El periodista tuvo que dar un salto hacia atrás, y entonces sus espaldas chocaron contra la pared.

Vio aquellas grandes manos. Vio los horribles dedos que habían dado muerte ya a tantos seres.

Pero no tembló.

—Retrocede... —dijo suavemente—. Sabes que nada has de temer de mí. Retrocede...

Pero el monstruo no retrocedió. Sus manos buscaron el cuello de Norman. Este se dio cuenta de que aquel ser estaba asustado y de que entonces ya no conocía a nadie, de que era una fiera ansiosa de matar.

Se movió ágilmente, esquivando hacia la izquierda, mientras el otro atacaba. Pudo aplicarle una leve llave de judo que frenó el primer impulso, haciendo que el monstruo chocara contra la pared.

Pero Norman sabía que no podía vencer. Sabía que estaba perdido.

Retrocedió hasta el centro de la pequeña plataforma que había a un lado de la ventana. A la derecha estaba el vacío, a la izquierda también. Con todos los músculos en tensión esperó a que el loco atacara, y cuando se lanzó ciegamente contra él Norman saltó de costado, arrojándose luego a tierra, al borde del vacío, y haciendo que su adversario se encontrara con el abismo a sus pies.

Lanzando un alarido, el monstruo fue a precipitarse al vacío, pero Norman se lo jugó todo para salvarle la vida. Con una violenta contracción

de su cuerpo, logró tender el brazo y sujetarle en el último segundo. Sus dedos enlazados casi resbalaron. Norman sintió que crujían los huesos de su brazo derecho, con el que estaba sosteniendo todo el peso del gigantesco cuerpo del otro.

—Sujétate... —musitó—. Cuélgate del borde de la pared...

El otro lo hizo. Su instinto de conservación le guiaba como a cualquier otro ser normal. Pudo encaramarse y en aquel momento llegaron hasta allí los policías.

El monstruo los vio. Vio sus pistolas y sus rostros congestionados. Se dio cuenta de lo que aquello significaba y saltó hacia adelante con un alarido.

No llegó a tocar a nadie.

Tres revólveres dispararon al mismo tiempo, y las balas, casi a quemarropa, le atravesaron el pecho. Norman, con los puños crispados, gritó:

—¡No disparen! ¡Nooooo! ¡Quietooooo...!

Demasiado tarde. Los policías, por puro instinto de defensa, habían tirado a matar. El monstruo se revolvió sobre sí mismo, mientras gritaba enloquecedoramente. Luego quedó inmóvil, horriblemente inmóvil, con unos hilillos de sangre resbalando de su boca.

Norman se puso en pie con cansancio, como si todo el universo pesara sobre sus hombros. Sentía también que las lágrimas quemaban en el fondo de sus ojos.

Bondadoso hasta el fin, se inclinó sobre el cadáver y él mismo le bajó los párpados.

EPÍLOGO

El médico dijo lentamente, mientras encendía un cigarrillo:

—Lo que le ha ocurrido a usted, Norman Seik, ha sido en cierto modo un producto de su propia soledad. Usted, un hombre bueno y ansioso de ternura, estaba convencido en cierto modo de que en sus entrañas palpitaba un asesino, y de que, a través del tiempo, viniendo de edades remotas, una orden misteriosa le impelía a matar. Esto le hizo profundamente desgraciado durante años, hasta agravar una dolencia que en otro tal vez no hubiese tenido importancia. Me refiero a las crisis sufridas durante las noches de lluvia, que su antepasado también sufrió, y que en efecto está demostrado pueden transmitirse por herencia biológica. Llegaba incluso a perder el conocimiento en los momentos de peligro o de gran emoción, no recordando luego lo que había ocurrido entretanto. Pero eso —depositó el cigarrillo sobre un cenicero, mientras exhalaba una columna de humo— no ha afectado al auténtico fondo de su carácter, a su verdadero modo de ser. Con un pequeño tratamiento y, sobre todo, no viviendo en soledad, se curará pronto. ¿Qué piensa hacer ahora?

Norman miró el despacho blanco, las volutas azules del humo del cigarrillo y, por último, a Jessica, que sentada en una de las butacas del fondo del despacho le miraba con sus ojos muy abiertos, muy dulces, muy anhelantes.

—Ahora —dijo Norman poniéndose en pie—, creo que no va a haber motivos para que viva solo. Gracias, doctor.

—No hay de qué darlas. Y espero que nunca más se haga amigo de los locos. Estos, cuando se ponen a ayudarle y a defenderle a uno, estropean más las cosas:

—Tal vez —dijo Norman—, pero de todos modos eso me hace recordar que debo comprar una corona de flores. Otra vez gracias.

Jessica y él salieron a la calle. Fue allí donde se atrevió a tomarle del brazo.

—Nick nos espera en casa —musitó—. ¿Quieres que vayamos andando?

Las calles eran oscuras, parecían interminables, y por ellas se movían extrañas sombras.

—¿No tienes miedo, Jessica? ¿No lo tendrás nunca?

—Si no lo tuve entonces, ¿cómo voy a tenerlo ahora? No tendré miedo... ¡ni siquiera en las noches de lluvia como esta!

En efecto, sobre los tejados de San Luis empezaba a gotear de nuevo.

Pero ellos dos, caminando muy unidos por las calles, no lo notaron siquiera.

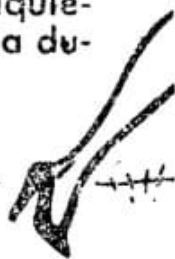
FIN



COMO ESCRIBIR CORRECTAMENTE

Es la íntima aspiración de todo hombre que desea destacar en su trabajo.

Cuando tiene usted que redactar una carta, un informe u otro escrito cualquiera, y le asalta la duda...



LA ORTOGRAFIA

colección



MARABU ZAS



COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de qué es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS

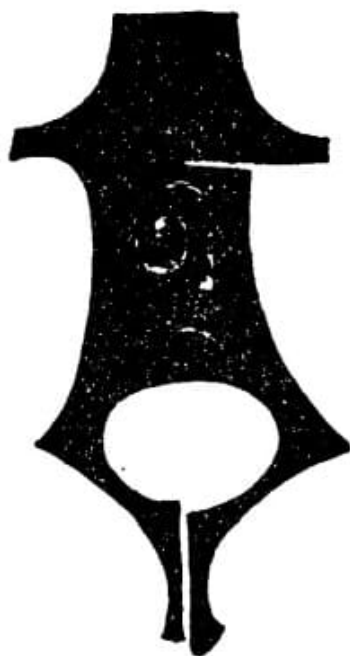
LA GRAFOLOGIA

A. M. Cobbaert

Mil posibilidades en esta frase tan sencilla: saber cómo somos en realidad, cómo son las personas que nos rodean, para qué servimos, y hasta cierto punto, a dónde vamos...

Jefes de empresa, médicos, educadores, técnicos en orientación profesional, investigadores, todos se valen de la grafología como de una ciencia exacta.

¿Por qué no utilizarla nosotros para nuestro provecho y diversión? ¿Ha pensado en ello?



MARABU ZAS

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

4.000 años de piratería



¡Fascinantes historias de los piratas! Morgan, "el terrible"; Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos abordajes.

Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas.

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silencia.

MARABU ZAS

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**





LA PELICULA ES UNA CINTA DE SUEÑOS

Pero estos sueños se fabrican en unos complicados laboratorios cuyos secretos muy poca gente conoce.

Leyendo este libro comprenderá lo que cuesta y lo que significa hacer una película, penetrando, al mismo tiempo, en los secretos de esta gran industria que produce obras de arte.

MARABU ZAS

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 133 - ASUN-
CION.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moqueglla, 326
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsillibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.



veterano
tiene eso
un **veterano**
sabor

VETERANO ES DE OSBORNE

VETERANO ESO ES COÑAC



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA:  ptas. **8** Impreso en España - Printed in Spain